

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 28 DE ABRIL

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La civilización manual⁽¹⁾

Londres, 1921.

La creencia es general entre doctos e indoctos que el caudal de ideas, sentimientos, aspiraciones, comodidades físicas y leyes morales, de que se compone ese valor histórico denominado civilización, es obra exclusiva del cerebro humano.

De cierto punto de vista la eficacia fundamental y única de la masa gris en la creación de valores de cultura parece ser un hecho incontrovertible. Los órganos de los sentidos llenan su cometido en los vertebrados por medio del cerebro y son incapaces de ejecutar su tarea de presidir a las funciones de relación, si el cerebro no existe o si adolece de ciertas enfermedades. Se puede reemplazar en el ojo el cristalino; llegará el día en que se pueda reemplazar el humor vítreo y acaso la retina; pero es problema mucho más complicado el hallar un sustituto para las circunvoluciones. Con todo, la misión del cerebro en la creación de las grandes obras morales de que se ufana el hombre de nuestros días, la intervención de la misma viscera en los grandes inventos materiales de los últimos siglos, son menos exclusivas de lo que uno pudiera imaginarse.

Hay un órgano regido sin duda por el cerebro, cuya participación en las creaciones morales y materiales de la civilización es visible, eficacísima y, en ocasiones, superior a las insinuaciones del órgano que la rige. La mano del hombre ha tenido en el desarrollo general de las diversas civilizaciones un influjo capital y en mi humilde opinión definitivo. La civilización es, por lo tanto, más bien que cerebral, primera y radicalmente manual.

San Gregorio Magno simboliza la vida activa en la existencia de Lía, la vida contemplativa en la historia de Raquel; y Alighieri, poseedor de todo el saber teológico de su tiempo, hace decir a la primera mujer de Jacob, que, como se sabe, era tierna de ojos y no nada hermosa:

*io mi son Lía, e vo movendo intorno
le belle mani a farmi una ghirlanda*

El mismo poeta del purgatorio designa por los ojos el carácter contemplativo de

la bella Raquel; y Lía señala en el poema sacro, la diferencia entre las dos hermanas, diciendo:

Lei lo vedere, e me l'ovrare appaga.

Acaso para afirmar la virtud de las manos de Lía quiso Dante hacerlas bellas y ligeras y activas, en contraposición a la cara, de cuya insignificancia hay testimonio en las candorosas descripciones del Génesis.

Todas las especies vertebradas tienen cerebros, solamente el hombre y los antropoides tienen verdaderas manos; pero en el caso del mono la mano no ha dejado de ser todavía órgano de locomoción, y por lo tanto no merece el título de tal: fáltale la suavidad y la inteligencia de la humana. La civilización empezó el día en que uno de los antropoides adquirió la capacidad de sostenerse siempre en las extremidades inferiores, y libertó de esa manera y de un modo completo la mano espiritual y fecunda. Mien-

tras el hombre o su antecesor (que seguramente no fué el mono, ni ninguna especie contemporánea conocida), anduvieron en cuatro pies fueron esclavos serviles de la materia. Libertando las manos adquirieron el dominio de sí mismos y empezaron a hacer efectiva la supremacía sobre las otras especies.

La mano vino a ser un nuevo sentido capaz de reemplazar a casi todos los demás órganos de relación. En el ciego, la mano llega a reemplazar con grande eficacia a los ojos. Con excepción de la sensación de color, todas las demás funciones del ojo puede ejercerlas la mano; con ella podemos percibir y apreciar las formas de modo más preciso y real que con el sentido de la vista. En rigor, la mano fué el instrumento con que el hombre se dió cuenta de las distancias; ella contribuyó desde el principio a rectificar para los ojos las imágenes deformadas que llegan a la retina. Fué la mano la que les enseñó a los ojos que el círculo toma la forma de una elipse o de una línea recta, según la posición en que nos coloquemos.

(Pasa a la página 84)

Armas al hombro contra la ignorancia

INMEDIATAMENTE después de haber restaurado el orden, el esfuerzo más grande de la administración Obregón en México ha sido la educación. Y la educación, todos los que conocen el país están de acuerdo, es su exigencia mayor. El hombre que ha inspirado e iniciado una de las más admirables campañas contra la ignorancia en la historia de este hemisferio, es José Vasconcelos, Ministro de Educación de México.

«El ochenta y cinco por ciento de los mexicanos es analfabeta, me dijo Vasconcelos, pero este es un cálculo aproximado, pues se carece de estadísticas exactas». Y este hecho es la historia de la tarea que él ha arrosado. Es la esencia del problema de México. Es la medida de su degradación. «Las dos aspiraciones primordiales de la revolución, me dijo, fueron la educación y la tierra».

Durante los treinta y cuatro años de Porfirio Díaz el presupuesto federal de educación nunca excedió de ocho millones de pesos mexicanos. La administración Carranza

lo redujo a seis millones y mucho de eso nunca llegó a su destino. El año pasado el gobierno de Obregón destinó cuarenta y cinco millones, reducidos a unos treinta a causa de la reanudación del pago de la deuda nacional.

El ochenta y cinco por ciento de analfabetas no revela toda la historia. Agréguese a este cuadro el ochenta y cinco por ciento de miserables, medio hambrientos, andrajosos; ignorantes no simplemente de las letras sino de los más esenciales principios de vida, faltos de toda noción de higiene. Imagínese que la mortalidad de la ciudad de México, con su clima extraordinariamente saludable, fué mayor, en el último año del gobierno de Díaz, que la de cualquiera otra de las grandes ciudades del mundo. Imagínense vastas secciones rurales que nunca conocieron una casa de escuela. Imagínense enormes extensiones de montaña y llanura en cuyas aldeas se hablaban únicamente dialectos indios, y en donde las actividades nativas oscilaban entre la caza y la pesca y una agricultura

(1) Fragmento de una conferencia dictada en el Centro Español de Londres.

primitiva con machete y arado de palo como únicos instrumentos de labranza. Está fué la situación que afrontó Vasconcelos.

No deja de ser característico del México actual que Vasconcelos nunca haya sido maestro de escuela. Es abogado; ha escrito sobre política, filosofía y asuntos económicos. Ha sido primeramente un revolucionario, uno de los primeros protestantes, en nombre de la democracia, contra la tiranía autocrática y la brutalidad del régimen de Díaz. De haber sido un educador, quizá habría levantado sus manos. Fué un cruzado y vió tan sólo la necesidad y la tarea. Hoy, después de dos años de disputa apasionada, de esfuerzo intensivo, de empeño sobrehumano, de ensayo y error, un gran comienzo se ha iniciado.

El futuro de su país

DURANTE el medio año que pasé en México ví a menudo a Vasconcelos; fué una de las pocas personas, el único periodista, creo, que tuvo el privilegio de atravesar, acompañado de los varios mozos y secretarios, la oficina privada del Ministro. En esta amplia sala, de cien pies de largo, forrada de libros, los muros sobre los anaqueles y en los extremos lucientes los frescos del joven pintor mexicano, Roberto Montenegro, observé a menudo a Vasconcelos trabajando. Le oí asentir a la súplica de una delegación de campesinos de un disirito rural, que le explicaba la necesidad de una escuela más. Discutir la posibilidad de otra escuela nocturna en una de las secciones más pobladas de la ciudad; inspeccionar la última colección de modelos para un curso de arte para niños; seleccionar, para estímulo de los artistas jóvenes, su compra semanal de dos cuadros, de una gran variedad de pinturas al óleo, pasteles y acuarelas de paisajes mexicanos; discutir ardientemente con su autor el informe sobre algún nuevo método de instrucción. Conocí sus puntos de vista acerca de una gran variedad de asuntos, escuchando con atención, porque entre los centenares de hombres públicos de México, Vasconcelos es uno de la media docena que a mi juicio están desempeñando papeles primordiales, no sólo en la reconstrucción del país, sino en la modelación del futuro de una raza y en la ayuda a formar el destino de una mitad del hemisferio. Puede esto parecer extravagante, pero es mi convicción meditada. Especialmente aparecería como lisonja para el que se encontrara por primera vez con Vasconcelos. Es desdeñoso, apuesto, de bigote tupido y recortado, de ojos pardos, bondadosos, de expresión y ademanes vivos. Fuera de la inteligencia aguda de su gesto, su aspecto no es impresionante. Su cara no es distintivamente mexicana. Es uno de esos tipos compuestos comunes a muchos países y profesiones. Podría ser un americano, un francés o un suizo; un profesor de colegio, un médico, un hombre de negocios o un artista. Carece en absoluto de pose o amaneramiento; es jovial y vivaz y en ocasiones irascible. Su

modo de ser es claro y su mente obra como un relámpago. Es uno de los dos o tres intelectuales más avanzados de la revolución mexicana; y, para estimarlo en nuestro idioma, fácilmente se halla entre los diez primeros de la América Latina. Habla el inglés correctamente.

«Nuestro problema educacional, me dijo, está íntimamente ligado a nuestro pasado. Nunca hemos tenido educación popular. Durante cincuenta años ha existido una ley de educación obligatoria, pero, como muchas de nuestras leyes, sólo ha estado en el papel. No había escuelas a las cuales enviar los niños. Además, en el interés de las clases gobernantes estaba mantener a las masas en la ignorancia».

Hace dos años que se comenzó la obra con empeño. La nueva ley de educación creó un ministerio de educación pública. Anteriormente hubo cierta supervisión federal sobre la educación, pero la tarea estaba confiada en su mayor parte a los estados y a los municipios. Bajo este sistema, antes de la revolución, la población escolar, que sería un veinte por ciento del total, alcanzó escasamente más de seis, y después de diez años de revolución descendió a menos de cinco. La nueva ley cambió la relación del gobierno federal y los estados con respecto a la educación. El nuevo ministerio creado por ella se divide en tres departamentos: escuelas, bibliotecas, bellas artes.

En la Ciudad de México—lugar de ostentación de la república en los últimos tiempos—«no había escuelas, me dijo Vasconcelos, sino para la mitad de la población escolar. La mayoría de los edificios eran enteramente inadecuados. Algunos, viejos conventos con cuartos como celdas, oscuros; otros, cayéndose a pedazos; la mayor parte desplomados. Fuera de la capital era peor».

En otra ocasión, en que juzgo hubo un momento de desconsuelo, me dijo; «A veces creo, en vista de la escasez de fondos, que sería mejor suspender toda enseñanza durante dos años y dedicar cada céntimo a construir. Así al menos tendríamos edificios que serían algo permanente. Como está la situación no podemos hacer una tarea completa en ninguna parte».

Pero mientras tanto, ha empezado a construir y lo hace con constancia. Aquí una escuela primaria, allá una escuela técnica, un gran edificio para el ministerio de educación y su personal, que se aumenta rápidamente.

Sin embargo, el espíritu del actual movimiento educacional se muestra quizá mejor en la campaña voluntaria contra el analfabetismo. Desde un principio se vió que cualquiera que fuera la adquisición provechosa para la educación, estaría muy lejos de la verdadera necesidad. Uno de los primeros pasos de Vasconcelos fué el llamamiento que hizo a los voluntarios en estos términos:

«Es deber moral de todos los ciudadanos que saben leer y escribir enseñar a sus semejantes. Llamamos en especial la atención de las mujeres que no trabajan en sus hogares o fuera de ellos, para que se dediquen a en-

señar a los niños, a los hombres y a las mujeres que sepan menos que ellas».

En otro llamamiento a los intelectuales jóvenes les preguntaba: «¿Qué harían si un peligro social, como la aparición de un tirano, o un peligro nacional, requiriese su denuesto? Me respondieron que acudirían a las armas; pues bien, se trata de una lucha mucho más noble que la triste necesidad de ir a matar hombres; se trata de ir a salvar hombres; no de apagar la vida, sino de hacerla más luminosa».

Un maestro de las viviendas

LOS llamamientos hallaron franca respuesta, pero no entre la clase desocupada; contestaron en su mayoría trabajadores que de alguna manera habían adquirido conocimientos de que carecían la mayor parte de sus semejantes. Algunos ejemplos de esfuerzo y devoción son ciertamente emocionantes. Al principio no existían materiales de ninguna clase; ví una niña de trece años que había reunido veinticinco niños en su mismo patio y con un pedazo de tiza trazaba letras y números sobre el muro de piedra. Otra de la misma edad, hija de un alfarero, enseñaba a leer y a escribir a ciento cincuenta niños. Estas eran apenas dos de varios centenares de la capital.

Junto con esta campaña se creaba un nuevo grupo de maestros, con propiedad llamados *misioneros*. «Necesitamos comenzar», me dijo Vasconcelos. «No podíamos esperar a que se construyeran escuelas en regiones remotas, montañosas e inaccesibles, en donde las viviendas de los nativos se hallan diseminadas en grandes áreas, y en donde en muchos casos, las escuelas son desconocidas. A estas regiones se consagraron hombres y mujeres que hablaran hasta donde fuera posible el dialecto nativo, para que enseñaran, no tan sólo las tres reglas, sino los principios esenciales de la vida, limpieza, orgullo cívico, cuidado de los niños, métodos mejores para utilizar las fuentes de riqueza de la localidad, agricultura, artes domésticas y oficios útiles».

«Verdad y trabajo», dijo Vasconcelos en una reciente circular a los maestros voluntarios, «debe ser nuestra más alta enseñanza; trabajo fecundo, útil no solamente para nosotros mismos sino para la comunidad. Enseñad con vuestro ejemplo el secreto de la felicidad, que, según Tolstoy, consiste en trabajar para el bienestar de los demás. Los maestros voluntarios, mejor que cualquier otro grupo de nuestros ciudadanos, están en condiciones de sentir y propagar esa enseñanza suprema. Este espíritu de ayuda mutua, este sentimiento para servir a los demás, este *ideal de servicio*, como dicen los anglo-sajones, debe ser inculcado como la primera y más importante de las enseñanzas morales».

Y los misioneros han ido a buscar. Inter-nándose en las espesuras de los litorales, cabalgando a través de las áridas mesetas, en lo alto de las sierras, bajo las estrellas,

van dejando resplandores de uno a otro confín mexicano.

La nación en la escuela, la nación en el trabajo, este es el fin práctico que Vasconcelos se ha planteado.

«Los oradores que hemos oído, comenzó su discurso en la reciente celebración del día de la raza, lo que nosotros llamamos *Día de Colón*, han exaltado hermosamente las glorias de nuestra raza en el pasado; veneramos este pasado; mas nuestra raza no ha muerto y por tal razón no debemos estar satisfechos de un pasado glorioso. Sin duda que no tendremos ocasión de enorgullecernos de tiempos que fueron, mientras llevemos arraigados todos los males heredados de nuestro pasado despotismo».

México es hoy un país revolucionario. Las ideas revolucionarias son corrientes. Aparecen en las expresiones escritas así como en las verbales del Ministro de Educación. «Después de todo, me dijo, nuestra doctrina fundamental no es nueva. Es la «salvación por el trabajo». Pero no solamente anhelamos que los que trabajan hagan una obra útil, sino que reciban la recompensa exacta». Hacia este fin se dirigen sus empeños. Escuelas técnicas, instrucción práctica, oportunidad para el pronto mejoramiento económico de sí mismo; un instituto para la química aplicada, inaugurado hace unos pocos meses; una gran escuela para electricistas, en construcción. Las escuelas nocturnas para obreros, se han puesto a funcionar. He visto a centenares de mujeres—obreras y oficinistas durante el día—apuñadas dentro de un viejo edificio acondicionado al efecto, con mala luz y cuartos pobremente ventilados, aprendiendo las varias labores de aguja y un sinnúmero de manufacturas caseras, desde la fabricación de jabón hasta la confección de confites.

No bien se ha abierto un nuevo centro, cuando está ya repleto. La atracción es doble, pues no sólo aprenden los obreros, sino que producen artículos cuya venta ayuda al escaso presupuesto de la familia. Una fuerte corriente de simpatía hacia los trabajadores del campo y de las fábricas anima al actual gobierno mexicano a darles la igualdad de oportunidad que nunca han tenido.

El 1º de mayo de este año fué día feriado para todas las dependencias del gobierno y en varias asambleas de las escuelas se leyó un manifiesto escrito por Vasconcelos. Quizá él arroje tanta luz sobre la dirección del pensamiento y la educación en el México actual, como cualquier otro documento. Merece citarse:

«Se celebra en esta fecha la fiesta de los trabajadores y es necesario que los niños dediquen en esta ocasión un recuerdo cariñoso a los padres a cuyo trabajo deben el sustento y las horas que dedican al estudio, y también a todos los que en este mundo trabajan para ganar el pan diario y para mejorar gradualmente las condiciones sociales. Nada tendría el hombre, ni

humildes hogares, ni el más pobre alimento, si no fuese por el trabajo que nos distingue de los animales, nos permite dominar y ordenar los apetitos y crear los útiles con que hacemos las casas y arrancamos a la tierra sus productos. En el orden de las ideas, también es el trabajo el agente que perfecciona y fortalece el espíritu. El objeto fundamental del trabajo y el objeto fundamental de la civilización es llenar con comodidad y con mínimo esfuerzo las necesidades del cuerpo, atendiendo a su conservación por el alimento, a su protección por el abrigo y la casa y a su embellecimiento por la higiene, el arte y la alegría; pero además de todo esto y por encima de todo esto, el objeto del trabajo organizado es levantar al hombre de la condición de la bestia, conquistándole con poco esfuerzo, las comodidades físicas a fin de que lo mejor de su energía se dedique a estudiar y enterarse de lo que ha sido el pasado, de lo que es el presente y de lo que debe hacerse con lo que llamamos nuestro destino. Vida modesta, pero cómoda, y tiempo para imaginar cosas bellas, eso es lo que debe dar a cada hombre la sociedad en que vive, y eso sólo se conquista mediante el trabajo asiduo, inteligentemente orientado. Los niños deben venerar al trabajo como instrumento misterioso de la salvación humana! Sin embargo, el trabajo que es el más santo de los poderes del hombre ha sido prostituido y manchado. El trabajo que es instrumento de liberación ha sido empleado por algunos hombres malos para esclavizar a sus hermanos. La acumulación de riquezas desproporcionadas para beneficio personal, ha convertido el trabajo que debería ser santo, en plaga satánica que acarrea la desdicha del acaparador y de sus víctimas. El trabajo produce riqueza y si esa riqueza en vez de emplearse en obras de beneficio general, sirve sólo para que un hombre intente saciar todos sus apetitos, entonces, el que acumula riqueza prostituye su alma y pierde a los demás, condenándolos a la miseria que llena de angustia sus almas. Este recíproco daño, este desequilibrio, produce el odio y el choque de unos contra otros. Y uno de estos choques, un choque sangriento, dió origen a esta fiesta que los trabajadores celebran el primero de mayo. Se recuerda una de tantas ocasiones en que los explotadores no se limitaron a mermar el jornal de los explotados, sino que, haciendo uso de la fuerza, sacrificaron a los obreros que exigían arreglos más equitativos en la distribución de los productos del trabajo. Desde entonces los trabajadores de todo el mundo, reiteran en este día su propósito de que la riqueza se distribuya con equidad a fin de que ya

no haya disputas enconadas; a fin de que el trabajo aproveche a todos los hombres y los mejore a todos. Y los niños que son hijos de los trabajadores y que deben aspirar a ser trabajadores del futuro, tienen que sentirse ligados con el obrero que construye, con el albañil que levanta muros, con el mecánico que fabrica máquinas, con el pensador que organiza pueblos. Por eso también es hoy la fiesta de los niños, porque es la fiesta del mañana. Niños mexicanos, niñas mexicanas: poned hoy vuestro afecto y vuestra gratitud en los obreros que hacen marchar al mundo y preparad vuestros brazos para la labor futura. Venerad el trabajo, pero sin prostituirlo con el egoísmo. Trabajad no tanto para ser más ricos, sino para beneficio de todos los hombres y para que el mundo entero el día de mañana sea mejor.—*J. Vasconcelos*».

Un aspecto enteramente nuevo de la educación mexicana tomado por completo de los anglo-sajones, es la educación física. «Aún antes que el alfabeto debe venir la salud física» me dijo Vasconcelos. En cada grado se incluyen ejercicios y los sports son parte principal, y no secundaria, de las actividades escolares; cada nueva escuela que ahora se construye, junto con las aulas, biblioteca, gimnasio y campo de juegos, tiene también una pila de natación.

Alimento para los deficientes

Se encontró además que una abrumadora mayoría de niños estaba falta de nutrición. Millares llegaban a la escuela sin almorzar o habiendo comido un almuerzo que equivalía a nada.

«Lo primero que debemos hacer», le aconsejó a Vasconcelos un experto venido del exterior, cuando inspeccionaban las escuelas primarias, poco tiempo después de haber tomado posesión de su puesto, «es seleccionar estos niños mediante el grado de su inteligencia. Es evidente que muchos son deficientes». «Lo primero que debemos hacer, replicó instantáneamente Vasconcelos, es alimentar estos niños. Eso curará a la mayor parte de los deficientes». Y así se hizo; al presente, más de doce mil niños reciben almuerzo en la escuela, consistente en rosas de pan y leche caliente. Este servicio lo ha organizado admirablemente Elena Torres, mujer insigne que hizo servicio de campaña en la revolución, ahora presidenta de la Liga Femenina de México. Hace un año fué enviada como delegada a la conferencia de la Liga Pan-americana de Mujeres de Baltimore.

«El cambio producido en los niños, me dijo Vasconcelos, fué realmente sorprendente. Niños que habían sido por completo indiferentes comenzaron a tener un interés marcado por su trabajo. Y esto fué tan sólo el resultado de una comida al día. Imagínese lo que significaría para el país una ali-

mentación para el pueblo realmente sana. Pero el problema aquí es económico, así como educacional, lo cual es quizá otra manera de decir que es enteramente educacional».

En otra ocasión me dijo: «Es difícil para la gente que vive en un país como los Estados Unidos, en donde la educación se ha llegado a interpretar como el mero hecho de enviar los niños a las escuelas existentes, comprender qué tarea tan compleja y amplia debe ser nuestra educación. Nuestras masas tienen que aprenderlo casi todo. Leer y escribir, por sí mismos, no resuelven ningún problema, a pesar de que son las piedras angulares del edificio».

¿Es este, pues, un cuadro idealizado y color rosa del curso actual de la educación en México? Lo es. La obra ha comenzado justamente. Es azotada por innumerables dificultades. Aquí sufre derrotas y allá descalabros a causa de los vicios nacionales inherentes, herencias de la apatía pasada, de la ignorancia, de la pobreza, de la codicia, de las rivalidades personales. Hace menos de seis meses atravesé regiones que aún no habían sentido el toque vivificante de la reforma. Ví escuelas en una vieja y malsana cárcel de mujeres, en casas particulares completamente inadecuadas, en patios húmedos, en edificios en reparación en donde el golpe del martillo ahogaba la voz del maestro. Ví escuelas en donde los niños por primera vez se familiarizaban con el cepillo de dientes y el uso adecuado del jabón. He visto un estado entero víctima de la incompetencia y la indiferencia. He visto estados y municipios en donde el salario de los maestros se encontraba atrasado por semanas y meses.

El México futuro

El mismo Vasconcelos ha cometido errores. «En el pasado, me dijo, toda nuestra cultura, toda nuestra educación eran importadas. Para una cosa ser extranjera era lo bastante para que se adoptara, ya se acomodara o no a nuestras necesidades. Ahora estamos vislumbrando nuestro camino; tratando de formar la educación que sea conveniente, no a los niños franceses, ni a los niños americanos, sino a los niños mexicanos».

Vasconcelos ha visto la incompetencia en muchos de sus colaboradores—se requiere tiempo para hacer maestros—y muchos de éstos se conservan aún por falta de elementos mejores. Otros, de capacidad probada y devoción, han sido sacrificados por razones políticas o en momentos de cólera.

La habilidad para organizar no es una característica de los mexicanos; el defecto es visible tanto en el ministerio de Educación como fuera de él. Participo de la impresión de que una gran suma de dinero dedicada a imprimir las obras de Platón y Esquilo se gastó mal. En la educación superior virtualmente nada se ha hecho. «La educación que hemos tenido en México, me respondió Vasconcelos cuando le pregunté

por el estancamiento de la Universidad de México, es especulativa en sumo grado y ha dado intelectuales improductivos únicamente. En presencia de la insuficiencia de fondos, considero que una necesidad más apremiante es dar a cada hombre una oportunidad en la escuela elemental». Aun sin erogaciones grandes, la Universidad podría llegar a ser la fuente de inspiración y el laboratorio experimental de nuevas ideas. Salvo ciertos pequeños esfuerzos individuales, la Universidad no ha dado su contribución esencial al Nuevo México.

El gran movimiento comenzado ya en la educación popular es todavía apenas fraccionario, aún en su distribución física. A pesar de que no fuera estorbada por corrientes políticas mudables—y México por la primera vez en su historia se mueve poco a poco hacia el divorcio de sus instituciones de los caprichos de quienes mandan—será necesario una generación de esfuerzo persistente e incesante para hacer de su sistema educacional un hecho consolidado, un axioma de gobierno propio como lo es en los Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra. Sin embargo, con todo eso, no es poco lo que hay en el espíritu del esfuerzo educacional de Mé-

xico, que estos países de educación bien establecida podrían aprender.

Es innegable que este es el primer esfuerzo que se hace por educar al pueblo mexicano. Esto sólo justifica los horrores y sufrimientos de los diez años de guerra civil y vindica al gobierno de Obregón, que es el primero en empeñarse en cumplir las promesas de la revolución. La palabra educación ha recobrado nuevamente en este esfuerzo su significado inherente: sacar al pueblo de México de la miseria, de la degradación y de la ignorancia en que ha estado enlodado por siglos. En las propias palabras de Vasconcelos: «Nuestro propósito es hacer buenos ciudadanos, es decir, hombres y mujeres libres de espíritu y libres de acción, capaces de pensar por sí mismos, de juzgar la vida con sus propias inteligencias, y capaces también de ganarse el sustento y de formar la comunidad de tal manera que cualquier obrero diligente pueda alcanzar una manera confortable de vida. Es este un tipo de hombre que nos esforzamos por crear en México»

ERNESTO GRUENING

(Trad. de *Collier's*, New York, Diciembre, 1923, para REPERTORIO AMERICANO)

La civilización manual...

(Viene de la página 81).

mos para observarlo, y fué la mano el instrumento de precisión con que los ojos llegaron a descubrir que las tres facetas visibles de un cubo estaban colocadas en planos diferentes y tenían la misma forma. El ciego puede leer con las manos en libros estampados para su uso. La mano educada de un ciego inteligente llega a percibir la presencia de un cuerpo sin necesidad de tocarlo. Puede experimentar la sensación de tacto al través del aire, como es fama que lo hace el murciélago en la oscuridad por medio de sus alas, que no son otra cosa que manos palmadas e hiperestéticamente sensibles. La mano del murciélago habría sido un rival formidable de la humana, si el desventurado quiróptero no hubiera tenido que valerse de ella como órgano de locomoción, privándola de su carácter de instrumento prensil.

Sin recibir sensaciones auditivas, la mano puede reemplazar al oído. Los sordos aprenden a percibir las palabras pronunciadas sobre el envés de sus manos. El mudo suple con las manos el don de la palabra. Hay que ver la rapidez con que se expresa cuando ha llegado a aprender el modo de reemplazar cada letra por un signo formado por los dedos. Este arte, con todo, está en sus comienzos. La mano tiene una inagotable variedad de gestos y actitudes que, cultivados con amor y rigurosamente clasificados, llegarían a servir para representar matices de sentimiento que la lengua articulada logra analizar con vagos circunloquios, sin haber formulado todavía la palabra precisa con que puedan representarse. *Amor* es palabra que sirve para expresar

sentimientos tan diversos como el afecto que une a los sexos, o el cariño de la madre a sus hijos o la afición del bibliófilo a sus libros. Una mano sabia expresa en una leve extensión o contracción de los músculos un poema de pasión contenida, profunda, ante la cual es frustránea en sus esfuerzos la elocuencia de las meras palabras. Las sensaciones de tacto y de olfato son parcialmente, acaso en su totalidad, meras formas del sentido del tacto.

El influjo de la mano sobre los aspectos materiales de la civilización no necesita encarecimiento. Todo el cortejo de instrumentos y máquinas con que se ha tratado de simplificar el trabajo y de embellecer la vida, o es obra de la mano humana o existe porque tenemos manos. Puede concebirse un mundo culto en que los hombres sean ciegos o sordos, en que carezcan de olfato y del sentido del gusto en el paladar. Si la especie humana perdiera las manos y no lograra en el curso de pocas generaciones reemplazarlas con los pies o con algún otro órgano, regresaría rápidamente a la barbarie.

En el aspecto social la mano ha sido un factor decisivo. ¿De qué depende la condición de inferioridad en que ha vivido la mujer durante siglos y siglos? La mujer no es inferior al hombre en capacidad perceptiva. En las Universidades lo está suplantando en muchas disciplinas. Lo cual arguye superioridad, si se tiene en cuenta que durante la historia de la civilización el hombre ha tratado de impedir que la mujer desenvuelva armónicamente sus capacidades mentales. Colocada en esa posición desfavora-

ble ha hecho figura airosa cuando, al cabo de los siglos, ha venido a entrar en competencia con el hombre. No hay disciplina que se escape a sus facultades de investigación o a su poder de entender y reproducir la belleza. Sabemos que antaño asombraba a los matemáticos en las viejas Universidades. La filosofía no le ha rehusado el fondo de sus secretos. Hoy se acerca al estudio del derecho y de la medicina con la misma competencia que el hombre, creador de esos aspectos del conocimiento. Ni el arte mismo le niega sus favores. Con todo, lleva siglos de vivir en una posición inferior al hombre. Cuando éste se incorporó en el principio de su vida consciente, aprendió a andar en dos pies y libertó las manos, le enseñó, sin duda, a su compañera a andar llevando la frente erguida y a hacer uso de las manos para más nobles objetos que el de trasladarse de un lugar a otro. Pero la mujer no logró de una vez libertar sus manos: quedaron éstas parcialmente esclavas, porque había menester de ellas para cuidar de las criaturas, para alimentarlas y defenderlas de enemigos constantemente en acecho. Mientras ella tenía llenas las manos con todas estas faenas, en el interior de las cavernas que habitaron nuestros padres en el principio de la civilización, el hombre, en su lucha con las fieras y con los elementos, inventó la manera de hacer y mantener el fuego, el descubrimiento más portentoso y trascendental de cuantos hasta hoy se han hecho; creó el hacha de sílice; forjó el arma de bronce y edificó con sus propias manos la habitación lacustre, al constituirse en tribu. En todo el curso de los siglos, aun en los períodos más brillantes de la historia intelectual de la humanidad, la mujer ha seguido siendo inferior a su destino, porque la sociedad se ha negado a libertar sus manos. La *creche*, el *kindergarten*; las nodrizas y, sobre todo, el terror a la maternidad en los centros supercivilizados, empiezan a hacer posible esa liberación y con esto coincide la aparición de la mujer en los talleres mecánicos, en las clínicas, en el foro. Para desesperación de misoneístas y de letrados superficiales ya asoma el rostro y hace el gesto persuasivo en las asambleas legislativas, y ¡oh terrible presagio! en la cátedra sagrada de los protestantes.

Veamos ahora cómo se hace presente el influjo de la mano en el concepto del arte. El hombre occidental cifró su admiración del cuerpo humano principalmente en el rostro, y de allí dedujo el patrón de la belleza. De aquí depende sin duda que el arte occidental se haya dejado influir tan poderosamente por la noción de lo simétrico. El influjo de la simetría con que están distribuidas las facciones en el rostro humano es visible en todo el arte occidental. Los pintores, los escultores, los arquitectos, los poetas, aun el simple escritor de prosa, se han dejado arrastrar a esa manía de simplificación que consiste en repetir los semejantes. Se ha llegado a pensar que la naturaleza procede en sus creaciones simétricamente, lo cual es una falacia. La simetría

de la cara del hombre no es más que aparente. Un rostro rigurosamente simétrico, de facciones perfectamente regulares, chocaría a nuestra vista como suelen chocar las imágenes de ciertas iglesias, regular y fastidiosamente labradas por artistas que no observaban la naturaleza con el amor y la intensidad competentes, y se dejaban seducir por la facilidad de la hechura simétrica. Las pequeñas infracciones a la simetría son justamente el encanto de la figura humana; y la fascinación que ejerce el movimiento o la imitación del movimiento en pinturas y esculturas sobre el espectador, se debe en parte, sin duda, a las alteraciones del plano de simetría causadas por la actividad de los músculos en la apariencia del cuerpo humano. La gracia es absolutamente asimétrica: en esto se parece al cráneo de los degenerados superiores.

De otro lado, la naturaleza en sus grandes líneas, en sus apariencias majestuosas y solemnes, nada tiene de simétrico. No es simétrico el árbol, no lo es el perfil de la montaña. La línea de suaves ondulaciones que señala la amplitud del abrazo con que se unen en el horizonte la tierra y el cielo, esa línea que hizo exclamar a Carducci:

Vedi con che desfo quei colli tendono
le braccia al sole occiduo

no es simétrica. Los meandros apacibles del río caudaloso, las curvas caprichosas, las rectas atrevidas del torrente no se desenvuelven ordenadamente alrededor de un eje determinado.

La sensación de fatiga causada al cabo de cierto tiempo por la observación de telas como las de Rafael, que a primera vista producen una impresión de grata maravilla, procede acaso de la fidelidad con que en ellas se siguen las insinuaciones de la simetría o del contraste que, en suma, no es otra cosa que una de las formas de la simetría, demasiado fácil de explotar y ocasionada a peligros y engaños. Hay que decirlo: la simetría es un patrón inferior de belleza que merma las aspiraciones y el concepto del arte.

El arte en el Extremo Oriente parece que hubiera tomado como modelo de belleza corpórea la mano del hombre. No puede decirse que haya andado en la escogencia poco acertado. Los chinos, de quienes recibió el Japón los elementos de cultura que no ha perdido aún en el empeño superficial de imitar la civilización de Europa y Estados Unidos, cuidan de la mano con más esmero que el rostro. Saben apreciar todo el valor espiritual de sus recursos de expresión y parece que se hubieran atendido al ideal de belleza que ella contiene, cuando crearon ese arte que vino a ser, por intermedio de los japoneses y a muchos siglos de distancia, un elemento de disgregación y renovación para la pintura de Occidente. «En la obra manual chinesca y japonesa aprendió en sus postrimerías el siglo XVII a apreciar la fascinadora simetría que aligera todas las pesanteces», dice Max Osborn en su reciente y comprensiva «Historia del Arte» (*Geschichte*

der Kunst, Berlín, 1920, pag. 258). La mano es tan bella como el rostro, tiene mayores recursos de expresión, y, sobre todo, es un órgano silencioso. Contiene en sus líneas armoniosas, de una movilidad inagotable, todos los elementos espirituales de la belleza. Encierra la fuerza en nobles símbolos de aceptación universal; contiene en sí la gracia, la dulzura, perfectas e inviolables. Es flexible, elástica, inagotable en el arte de sugerir. En reposo simboliza la paz eterna; una leve contracción despierta anhelos indecisos o apacigua dolores inefables. Son, en la palabra de D'Annunzio,

Fredde talune, fredde como cose
morte.

Otras llevan en sí la fuerza misteriosa de esas armas antiguas con que se adornan las panoplias. Y de las manos de mujer pudo alguno decir:

che ne la frale
palma chiuder potevano esse un mondo
immenso, e tutto il bene e tutto il male,

porque en verdad de ellas suele surgir el mal en todas sus manifestaciones y el bien en sus formas de mayor y más dulce eficacia. La mano no es simétrica y de esto depende en parte acaso su gran superioridad plástica sobre el rostro del hombre. Por haberse inspirado en la mano para expresar la belleza de las formas humanas, el arte del Extremo Oriente es, de un modo franco y desconcertante para nosotros los occidentales, un arte asimétrico. Se ha negado a expresar la belleza por medio de las semejanzas o los contrastes. La fecundidad de sus recursos estriba más que todo en el cultivo de lo accidental. Se desentiende de los grandes efectos que obran la simetría o la antítesis y escudriña en el estudio de la naturaleza el accidente primordial en cada objeto, el detalle accesorio, pero característico, por medio del cual se hace presente al hombre el alma de las cosas. Todo esto ha debido descubrirlo el artista japonés de los siglos pasados estudiando con la férrea tenacidad de su discurso, las apariencias movibles y los estados de reposo, en la variedad infinita de que es susceptible la mano humana.

Cuando los artistas occidentales descubrieron el arte japonés, empezaron a libertarse de la tiranía oscura de la simetría y del contraste a que habían vivido sujetos desde los días esplendorosos del Renacimiento. Desde entonces el arte occidental ha invadido regiones del alma humana que apenas había sospechado el Greco, y que a veces apuntan, de un modo inesperado, en las obras de Goya.

La civilización en que estamos envueltos, la civilización que Europa, en un esfuerzo cósmico de siete años terribles y fecundos en todo género de hechicerías, ha estado tratando de aniquilar con gestos de niño perverso, es obra secular de las manos del hombre.

B. SANÍN CANO

(*La Nación*, Buenos Aires).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

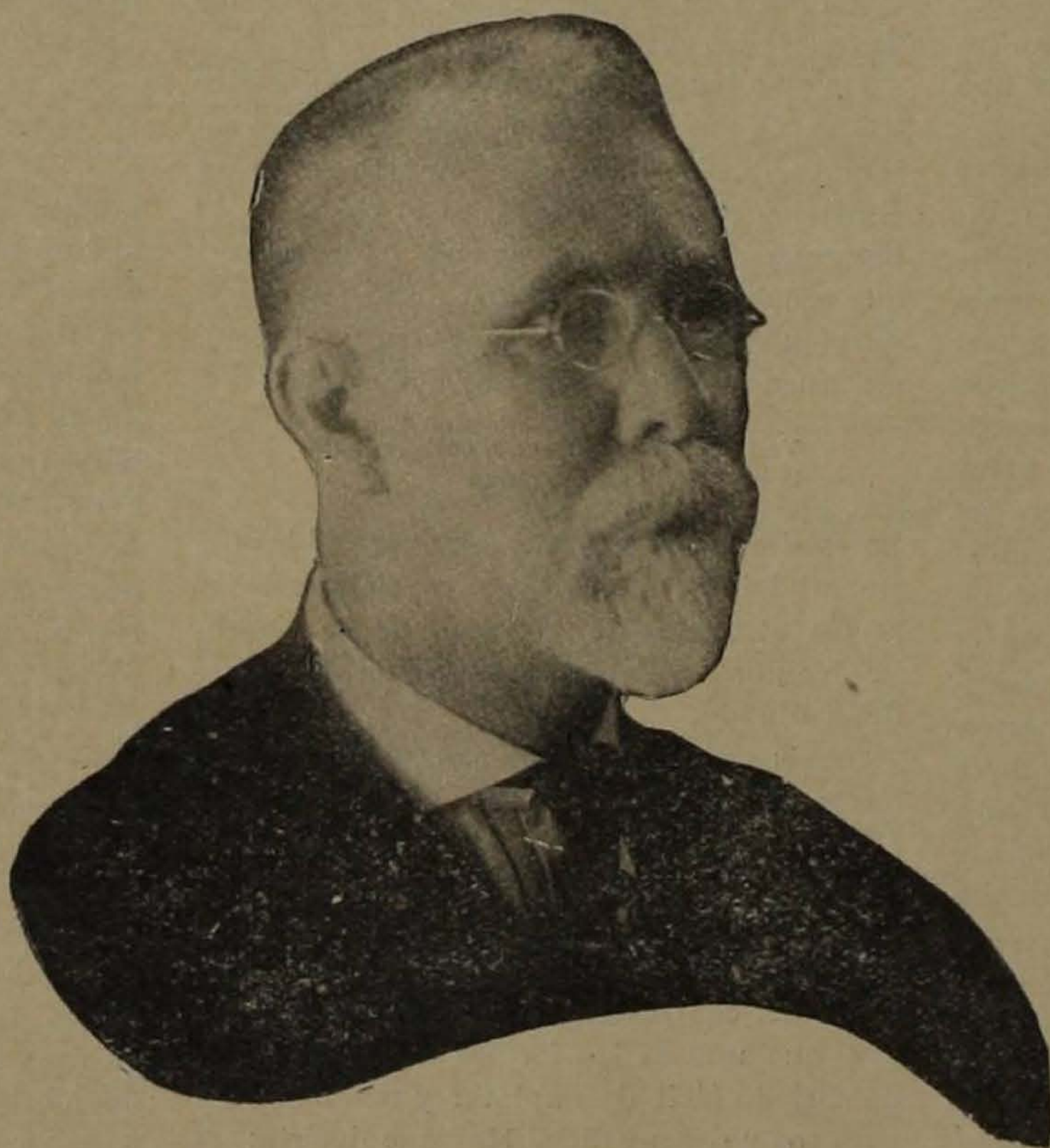
Don Justo A. Facio y la lucha por la cultura

FALTABAN pocas semanas para finalizar el curso lectivo de aquel año; las zozobras de los exámenes finales llenaban de parsimoniosos, rítmicos alumnos, sumidos en profundos repasos, los corredores del Liceo; en la puerta principal del edificio me entregaba yo a esas expansiones secretas, incomunicables, necesarias para el espíritu cuando se le ha lastimado bruscamente, y encontraba solaz en mi silencio, contemplando la tarde purísima, y dejándome llevar por los primeros vendabales del verano. Claramente recuerdo aquella hora; fué entonces cuando llegó a clavarse con insistencia en mi mente la visión de que ha sido amarga y heroica la «lucha por la cultura» en Costa Rica; pocos días antes se había reproducido en todos los diarios de la capital, a grandes títulos, un artículo de un benévolo extranjero sobre la alta cultura de este país. Elogios a nuestra cultura, me dije; si todos se enteraran bien de lo que ese poco de cultura cuesta a unos pocos hombres; si en el momento de lesionarla, —como en aquel momento— la prensa del país tomara una actitud consciente de defensa, que sería tanto y más noble que ésta de estímulo!

Nada impidió que don Justo abandonara la Dirección del Liceo, a la cual se había consagrado un año antes con toda el alma; durante ese año pude observarlo muy de cerca, y creo que con mis memorias de ese trecho de mi vida podría hacerse un gran elogio del Maestro, en forma de anécdotas; yo estaba y estoy seguro de que con la adquisición del Liceo se había tomado la plaza más fuerte de las teorías pedagógicas de un conservatismo muy rancio, vencidas en la Normal y en el Instituto. Claro que la salida de don Justo era un paso atrás, una victoria para los sustentadores de aquellas *teorías*; el Presidente de la República no podrá recordar con satisfacción aquella actitud que asumiera, si en verdad es un hombre abierto a su propia conciencia. Mas no es este el momento de apreciar aquellos hechos; se quiere ahora agregar un pequeño elogio al autor de *La Lucha por la Cultura*, el segundo libro del Maestro, que apareciera hace poco, una de las publicaciones más intere-

santes para quienes deseen ilustrarse en materias pedagógicas, sobre todo para los administradores de la cosa pública, y para quienes quieran enterarse de lo que ha sido en Costa Rica la lucha por «la cultura», esa cultura de la cual solemos vanagloriarnos y de la que nos damos cuenta únicamente cuando algún extranjero la elogia.

La actual generación ha tenido la suerte—para los más ha sido la des-



Don JUSTO A. FACIO

gracia—de presenciar y vivir el choque de dos corrientes opuestas en materias educacionales; la renovación de valores que hoy sufre el mundo y que caracteriza la época presente, se ha manifestado en Costa Rica sólo en cuanto a la pedagogía se refiere. La ciencia, la música, la poesía, la filosofía tienen su expresión, pero aislada. Sólo la cuestión pedagógica es un movimiento colectivo; el magisterio nacional, numerosísimo, y de poco tiempo para acá los padres de familia, la mayoría de las veces inspirados sin un suficiente conocimiento de causa, esto es, el país entero está pendiente de la cuestión pedagógica; puede afirmarse, pues, que la lucha por la cultura, en Costa Rica, se reduce a la reforma de las instituciones de enseñanza.

El primer oleaje de reforma nos lo trajo el venerado don Mauro Fernán-

dez, de orgulloso recuerdo, allá por el año 85; las innovaciones hechas por don Mauro en la parte administrativa, difundiendo profusamente la enseñanza, multiplicando las instituciones, dando más solidez a las materias, apoyando a las clases pobres para el desarrollo uniforme de la cultura, impulsaron al país hacia la más desinteresada y amplia adquisición de altos valores intelectuales. Se levantó entonces la legión de jóvenes que es hoy la flor de la República, de la cual son dignos exponentes don Carlos Gagini, don Fidel Tristán, don Miguel Obregón, don Anastasio Alfaro, don Justo A. Facio. ¿No bastan estos nombres para recordar con respeto aquella luminosa generación, en cuyas manos quedaron los destinos de las generaciones posteriores, hasta nuestros días?

Fué designio de los dioses que don Justo fuera el sucesor de su maestro, don Mauro; para ello le habían dotado con esa naturaleza vigorosa, de penetrante y sana mentalidad y voluntad incansable. He aquí el motivo para un valioso trabajo de crítica, a la manera de Plutarco: don Mauro Fernández y don Justo A. Facio; ellos son los que dirigen los destinos culturales del país durante medio siglo. Dichosos los pueblos en donde los maestros, antes de abandonar la tierra, encuentran manos jóvenes dignas de recibir la tea por ellos sustentada.

Siendo don Justo Ministro de Instrucción Pública, salieron del país, a ampliar sus estudios, muchos jóvenes; el Gobierno de Chile ofreció va-

rias becas para estudiantes costarricenses; el Ministro de Instrucción Pública no se contentó con atender el obsequio de Chile, sino que hizo salir del país a otros jóvenes, por cuenta del Estado. Iban en aquella juventud dos estudiantes que debían de distinguirse luego: Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge. Cuando años más tarde regresaron éstos, les pareció incompleta y un tanto estrecha la labor nobilísima que realizaban sus maestros: querían muchas cosas más para los jóvenes, especialmente una difusión más desinteresada y menos mecánica de la enseñanza. La lucha por la nueva reforma ha sido crudísima: todavía hoy, después de 20 años, quedan resabios esporádicos de aquella que fué singular batalla, mitigada por el reposo de pasiones personales fomentadas al principio, y

por la relativa tranquilidad de que cada cual disfruta sin impedir la labor de los otros. He aquí a los sucesores de don Justo A. Facio en las futuras lides por la cultura del país; cuando más tarde se haga el recuento histórico de nuestros prohombres, después de Mauro Fernández y de Justo A. Facio, deberá hablarse rigurosamente de estas dos grandes personalidades de la época presente: Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge, a quienes el país debe el no haberse quedado medio siglo atrás en materias educacionales. ¿Y qué es lo que ha hecho don Justo respecto a estos hombres que volvieron de Chile cargados de ideales y dispuestos a la lid gallardamente? ¿Hubieran podido estos dos *leaders* de nuestra cultura ponerse frente a frente con los dueños de la situación en Costa Rica, siendo ellos tan jóvenes, y, naturalmente, faltándoles conocimientos técnicos que sólo en la práctica podían adquirir? Cuando ellos regresaron al país don Justo estaba todavía en el Ministerio de Instrucción Pública. ¿Y qué hizo el Ministro de Instrucción Pública, consciente de la situación del país y de las fuerzas con que el país contaba? Lo que entonces hiciera es digno de un hombre inteligente y de un luchador vigoroso; trajo de Chile a uno de los más reputados profesores y lo puso al frente de la primera institución pedagógica del país; y cuando el señor Salinas llegó a la Dirección del Liceo de Costa Rica mediante contrato por cinco años, traía entre sus profesores a Roberto Brenes Mesén y don Joaquín García Monge. Don Justo comprendió claramente que estos eran los valores que el país necesitaba, y poco a poco fué compartiendo con ellos el dominio de la situación hasta hacerlos sentirse, años más tarde, dueños de ella.

Nadie, pues, más autorizado que don Justo para hablar de los problemas pedagógicos que han agitado al país, para referirse, pues, a «la lucha por la cultura». Aparece este libro interesante en uno de esos momentos en que la política localista, secundaria de los países, llegaba en el nuestro a una situación definitiva de vida o muerte para intereses creados de trascendencia interna y externa. La última campaña política, aún no solucionada de manera absoluta, ha sido una lucha definitiva, en el sentir general, entre las dos grandes agrupaciones que han reñido siempre el Poder; alguno de los cronistas, en un arrebatado de apasionamiento, exclamaba que era la lucha entre la oligarquía y la república, en todas sus manifestaciones y consecuencias. Despertábase, desde luego, la cuestión pedagógica; y, de esta vez, con más igualdad de fuerzas en-

tre ambas partes. Uno de los más visibles efectos de la reforma educacional implantada en el país por Brenes Mesén y García Monge es la alta dignidad que reviste hoy al magisterio; antes el maestro era un ser de ninguna representación social ni intelectual; era un ser secundario, menos todavía, era sencillamente, al tenor del proverbio, «un muerto de hambre»; hoy el maestro es una de las figuras más estimables de la colectividad, un valor reconocido; los maestros vienen formando ya una fuerza poderosa dentro de la nación. En la última campaña política el maestro ha intervenido activamente ocupando la tribuna y la prensa; defendía sus propios, sus sagrados intereses; feliz el pueblo en donde las campañas políticas se libren por los intelectuales. Ha faltado una cosa a los maestros en esta campaña

política: apoderarse, no sólo de la tribuna y de la prensa, sino también del *gabinete*, y regir sus resoluciones; quédese eso para futuras campañas. Don Justo no ha querido contentarse con intervenir en la política como los demás; era necesario algo especial para su condición de director de jóvenes y de paladín de nuestra cultura, y nos ha hecho un gran regalo con su libro.

No he querido referirme a la segunda obra del maestro; Carlos Luis Sáenz me ha dicho que desea hacerlo. Me ha parecido bueno hacer estas observaciones, adelantar estos apuntes sobre los hechos que tiene a la vista la juventud de Costa Rica y que llenan la atención de una de mis obras más detenidas.

RAFAEL ESTRADA

San José de Costa Rica, 1924.

Emilia Bernal



como la llaga
del costado derecho
de Jesucristo,
y acábese mi vida
en un suspiro, suavemente,
mientras que, floreciente,
a la albura del pecho
mi corazón deshecho

emerja, entre los bordes sangrientos de la
[herida!]

EN *Como los pájaros!* (San José de Costa Rica, «El Convivio», 1922), la poetisa cubana Emilia Bernal muestra un suave temperamento poético, con un fondo de amargura que se endulza para volverse canción.

En este sentido es sobremanera revelador *El madrigal de la herida*. Herida, sí; pero también madrigal. Es una de las mejores poesías del libro:

Debo de estar herida
de la vida
en el fondo.
Lo creo, porque cuando
los suspiros, volando
desde lo hondo,
cruzan por mi garganta,
la boca se me llena
de gusto a sangre. ¡Pena
santa
de mi herida
escondida,
abierta con la daga
de lo imprevisto,
revienta a ras del pecho

Si nos atreviésemos, calificaríamos a esta actitud de coqueteo con el dolor. Aún queda, y se ve brotar a través del libro a cada página, algo de romanticismo orgulloso de serlo en el libro de esta mujer. Hay dos romanticismos: uno que echa por delante el *yo*, sin pensar que lo sea; romanticismo de la confesión, del grito. El otro va creando un mundo poético todo él de fantasmas que llevan prendida la sombra del *yo*. A éste corresponde la poesía de Emilia Bernal. Su auto-análisis, como se ve por la composición transcrita, no llega a ser desgarrador. «Cree» estar herida, y va estudiando los síntomas que conviertan la presunción en certidumbre. ¡Oh, si fuese verdad, y esa herida le causara la muerte, en el soñado deliquio de amores!

Otras veces, cuando el verso se convierte en mera evocación lírica, sin verbos, como en *La letanía de la nieve*, logra ir tallando, en menudas facetas, una clara imagen.

Sus ritmos, en ocasiones variados según ciertas leyes que pueden aparecer caprichosas, tienen la suficiente fluidez y dulzura, «cantan» lo bastante para que esta cualidad valga la pena de ser citada entre las cardinales de su poesía. (Rechacemos, en cambio, rimas tan falsas y presuntuosas como la de *en y Chopín*, la de *Rodin con ademán*).

E. DÍEZ-CANEDO.

(España, Madrid).

José Martí

SÓLO se puede hablar de él imitándole. Para bendecirlo en prosa, se quisiera tener, como él, apóstol de Cuba, nervios de hombre y entrañas de madre.

Antes de Martí, nadie vió santos a caballo.

—¿El Quijote? Pudiera ser; más aquél nunca apunta con la carabina a los molinos. Interrumpe un párrafo de escritura sagrada y de testamento para retozar con Ismaelillo; o, sobre las tumbas amigas, le duele el corazón de mujer; o aparta la mochila del pecho izquierdo para mejor estrechar al compañero—si no se tiende al suelo de los niños para enseñarles a silabear su consigna santa porque ellos han de ver la patria que les está deparando el padre triste; y los condecora con flores como a futuro regimiento y les besa las manos que llevarán fusiles y los quiere consolar, como excusándose, porque no nacieron libres...

Santo, pero como Teresa de Jesús, Santo que está a Dios rogando... y con el mauser dando. Los otros libertadores quedan lejos como bisabuelos; éste es el padre hacendado o estanciero que conquistó el ingenio para todos. En un inmenso ingenio vive: cañas de azúcar, carrizos del viento marino donde la música y la dulzura se adunaron. Sabe, no sólo retóricamente, cómo se desfleca una crin al viento, y el trono errante que es la silla de montar y cómo se ve mejor el mundo con la sangre avivada por el galope. Ha querido a mujeres de carne, pero su novia se llama Cuba. Lleva en sí a cada instante su imagen sangrienta: los cabecillas ante la tapia con la bala española que atravesó la chamarreta, los cañaverales incendiados para carbonizar al fugitivo, la cabeza del negro tinto en la bayoneta. Y mientras tanto suenan los vastos órganos del cañaveral y las rumbas en los villorrios y el corro de los niños en el batey con su alfabeto de España.

Por eso está triste y tan alegre al evocar la patria, ausente siempre. Su vida es el retorno perpetuo de un Eneas de América. Del tablado de un teatro de Nueva York pasa al fogón de las campiñas cubanas; y sólo conocemos el discurso famoso pero no las improvisaciones de la noche ante mulatos de dril que sueltan poco a poco la brida de los caballos para venir a escuchar al San Pablo de la tórrida gente. Parece una escuela al aire libre este curso de patriotismo que una refriega interrumpe para seguir más

lejos, con menos discípulos ahora, porque veinte cimarrones murieron sin que haya sido posible enterrarlos. De las indignaciones universales, condenación hebrea y sátira latina, rencor de Dante y castigo de Hugo, lleva la herencia en los labios hirvientes que sólo quisieran perdonar. Porque, semejante al africano San Agustín, conserva junto a sí la dulzura de Mónica.

¡Cómo hubiera amado exclusivamente si no tuviera que odiar también!



JOSÉ MARTÍ

Aborrece para que Cuba sea libre y lo expresa todo con iracundia elegante. Las almas frías se funden entonces al calor de su palabra como en el cercano *gulf stream* catedrales de témpanos. Es el viejo de la montaña, el mago verbal de las maldiciones, pero no todo en él es cólera: Francesca le conoce y el balcón de Verona le ha visto. ¡Hombre completo, quién lo fué más extraordinariamente! Caballero de acción y devoción, docto en rimas y vados, en palabras hermosas y calibre de carabinas...

Excúsanos, Bolívar, y tú, lugarteniente de la gloria, San Martín, si en la capilla de los libertadores elegimos por más cercano intercesor a este hombre de letras que lleva terciado el fusil a la espalda como un gajo de cruz. Es nuestro santo predilecto porque la voluntad y la inteligencia trataron de curar en su cuerpo exiguo el desequilibrio de que morimos. No se armoniza generalmente el apetito de la acción con la capacidad mental para meditarla ni el inquieto humanismo de una mente predestinada se tradujo, si no fué durante la Italia renacentista, en la actitud de un Cid letrado. Sutil escuela de epicúreos puede ser la de esos literatos friolentos que entre el gato casero y la rejuela tibia del sedentario, se rieron del «viento que sopla afuera»; y hasta podrá compararse tal reclusión con la santidad del monje antiguo en su claustro del monte, hostil al valle de lágrimas; pero más hermoso, porque más humano, fué siempre el espectáculo de la lid abierta por quien aprendió en los libros viejos los entusiasmos jóvenes. Si a un monje se parece el cubano insigne será a los curas de boina que sólo querían rezar a Vírgenes carlistas. El patriotismo que tuvo sus ergástulas cuando era un temor de esclavos a la luz, ha tenido también su santoral cuando es, como en el caso de Martí, un género de caballería que limita sus favores a una sola dama por el temor delicado de querer menos si se quiere a todo el mundo. Pero ¿a qué estar buscando sutilezas para explicar su arranque impensado y filial? Se yergue y enrojece al oír mentar el nombre de Cuba como si tocaran a botasilla. Así sumados el intelecto de amor con el apetito sublime de la vida heroica, su resultante es el caballero latino o, por mejor decir, el místico humano que se queda en la tierra para cantarla y mejorarla. Todos son semejantes en la raza solar. A través de los tiempos parecidos y de las derrotas útiles, se siguen en el friso de nuestra gente, el Quijote y el Cid, Bayardo y Juana, Garibaldi y Bolívar, corazas y

petos de algodón, un cendal azul con una camisa roja y el entorchado frac con nuestro poncho criollo en cuyos pliegues de tempestad va por oteros y cañadas—humilde santo y caballero de salvación, con zapato de baqueta y calañés—, el último libertador de América. No sé cuál es mejor, ni veo sino rasgos fraternales en ese desfile de abnegados, ni le hallo parangón a Martí en otras tierras pues sólo con Juana la Santa merecería un altar si España permitiera la canoni-

(Pasa a la página 93).

POR OPUESTOS CAMINOS

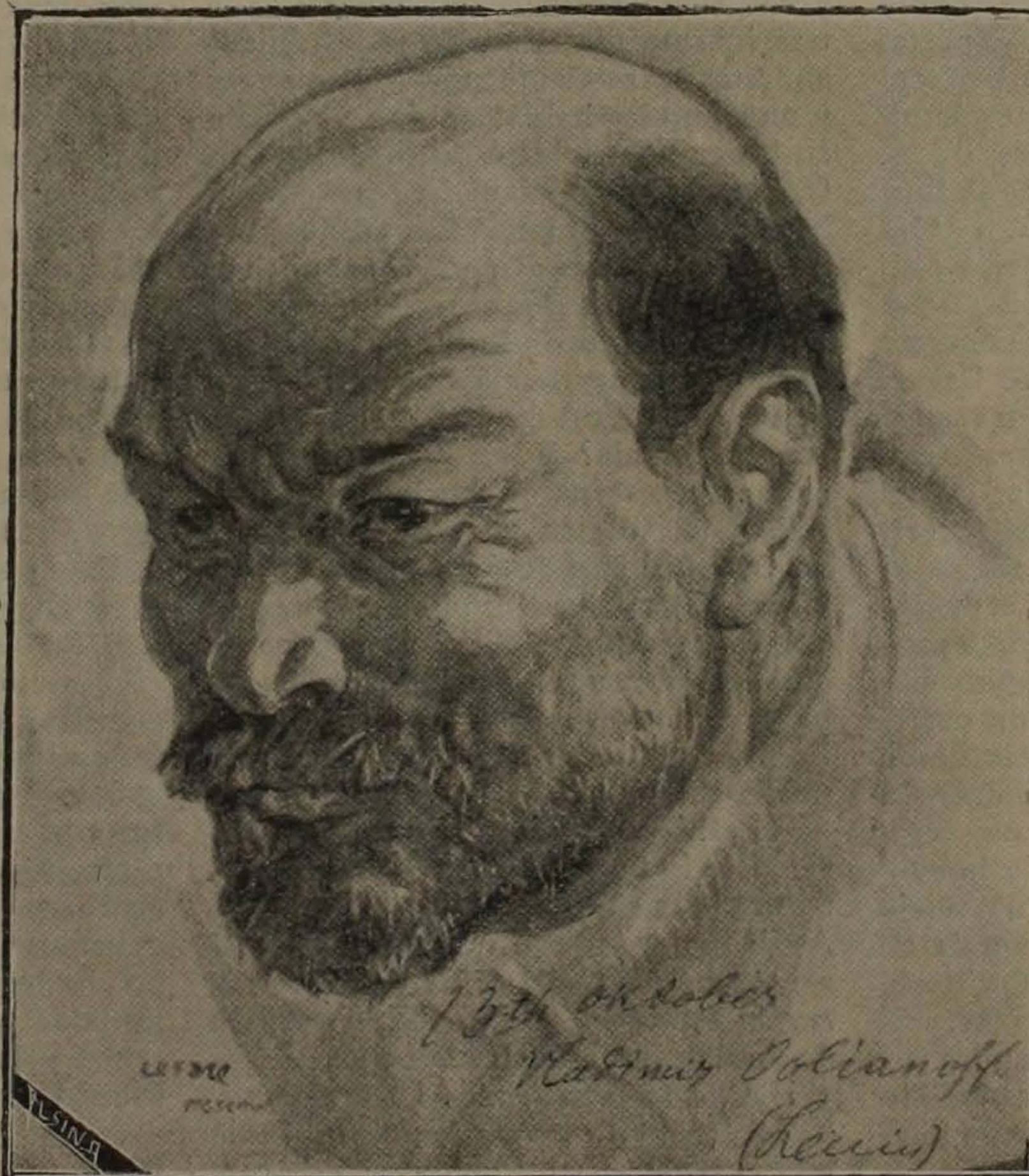
Al morir Lenin

AUNQUE prevista desde hace tiempo, no ha dejado de impresionarnos la noticia de la muerte de Lenin. Antes de juzgar al dictador eslavo o valorar su obra, consignemos esa emoción penosa que siempre produce toda fuerza humana que se extingue... ¡Lenin!... Nos parece ver de nuevo el famoso retrato, que reprodujeron las revistas extranjeras, en el que el caudillo bolchevique destacaba su cráneo oriental sobre un fondo de rojas banderas comunistas. Han pasado los meses y los años. El Poder hace a los hombres y los gasta. Y aunque Vladimiro Uliánov Lenin se ha sostenido hasta el final, y era ya quizás el más antiguo entre los actuales jefes de Gobierno de Europa, la implacable realidad, no obstante, le fué rindiendo, y a medida que las vigiliadas y las dolencias iban apagando el fulgor de sus ojos oblicuos de mongol, palidecía también, en las adaptaciones oportunistas, el fondo rojo de las enseñanzas revolucionarias...

Ahora, con ocasión de la muerte de Lenin, hemos vuelto a leer algunas de sus páginas. Resurgía, de esta suerte, ante nosotros el polemista inteligente, violento, contradictorio, que, al propugnar a veces dos ideas, en el fondo antagónicas, no trataba de conciliarlas atenuándolas, sino, a la manera rusa, extremándolas ambas y exaltándolas juntamente con la misma pasión: la fraternidad y el odio, el despotismo de una minoría y el imperio de la masa proletaria; el absolutismo y omnipotencia del Estado como camino para una sociedad libre en la que la máquina del Estado quedará arrinconada, como pintorescamente afirma, en el Museo de Antigüedades junto con la rueda y el hacha de piedra...

De pronto, relejendo uno de sus opúsculos contra Kautsky, editado por los comunistas alemanes, tropezamos con un inciso que nos parece una re-

velación... «Ese Ramsay Mac Donald, que es un liberal disfrazado...» ¡Ah! Nada irrita tanto a Lenin como los laboristas ingleses. En otro libro establece la oposición fundamental e irreductible entre el socialismo de la Gran Bretaña y el bolcheviquismo de Moscú. ¡Cómo se indigna contra Henderson, Clynes, Snowden and Company! Esos hombres, ministros los



LENIN

Esbozo de Cesare, hecho en Moscon. Se sabe que es el único retrato para el que se prestó el finado Dictador de Rusia, y quizá sea el único que lleve su firma autógrafa.

tres hoy en Inglaterra, son culpables, según Lenin, de haber dado al liberalismo un derecho de asilo, un albergue espiritual en el campo proletario... Ramsay Mac Donald, jefe ahora de aquel Gobierno, es un liberal enmascarado!

Al leer estas líneas, vemos surgir, cual la actualidad los ha juntado estos días, al lado del retrato de Lenin la efigie de Ramsay Mac Donald. Es imposible evitar la comparación, que ha tentado ya a periodistas y comentaristas, entre estas dos figuras: la del

que acaba de bajar al seno de la tierra y la del que acaba de subir las gradas del alcázar del Poder. Los dos, de igual edad, próximamente; de cultura universitaria los dos; los dos, socialistas; ambos, agitadores populares, vigorosos oradores, caudillos de partido, jefes de Gobierno. No ha visto, sin embargo, la Tierra dos hombres más diferentes.

Frente a la testa asiática del uno aparece el rostro escocés del otro, ceñido de sus finos cabellos color de humo. El uno tiene la fuerza del fanático; tiene el otro la energía del espíritu libre. Aquél estudió allá, en las aulas de Kazán, entre los recuerdos del hermano ahorcado y las perspectivas de Siberia; éste se formó en la paz idealista de Oxford, donde sobre la poesía del pasado flota la luz de los tiempos venideros. Es Lenin la reacción sangrienta contra el despotismo zarista; Ramsay Mac Donald es la evolución fecunda del constitucionalismo británico. Pesan sobre el alma del primero, aunque no quiera, siglos de tiranía; es hijo, el segundo, de una gran tradición de tolerancia, de Derecho político y de libertad.

El concepto de libertad, sobre todo, es lo que los separa. «¡Ramsay Mac Donald es un liberal disfrazado!» Esa es, para Lenin, la gran apostasía. En efecto, y por fortuna, el socialismo inglés es un socialismo liberal. Del fondo común de la doctrina obrera ha destacado, en primer término, el gran ideal de emancipación económica y espiritual, de plena emancipación humana. Nuestras derechas procuran tranquilizarse diciéndose unas veces que Mac Donald, como labo-

rista, no es un liberal, y sólo el liberalismo es pecado, y pretendiendo otras que el laborismo queda, en realidad, un poco lejos del socialismo, y sólo el socialismo es peligro. No. Lo que en el actual Gobierno inglés no sea marxista, será liberal, y lo que no sea liberal, será maxista.

¡Pero si muchos católicos ingleses han votado al *Labour Party*!, arguyen todavía las derechas. Y es cierto. Sólo que votaron las candidaturas laboristas—medítenlo los católicos españoles—porque el partido obrero «ga-

rantía la completa libertad de conciencia y de cultos». De la misma manera—vuelvan nuestros católicos a meditarlo—que el Sumo Pontífice protestó contra la República de los Soviets porque esa República no respeta la libertad de conciencia.

Nada de eso. Mientras el laborismo ama la libertad, Lenin se esfuerza en sacar de Carlos Marx el principio de la dictadura proletaria. Kautsky sostiene que, para el autor de *El capital*, la dictadura de que habla no sería una forma de gobierno, sino, sencillamente, un hecho, una situación, de la que, por cierto, Inglaterra lograría prescindir—profetizaba Marx—, realizando su transformación social por el camino democrático. Pero Lenin repudia, indignado, esta interpretación benévola. «La dictadura del proletariado, afirma crudamente, equivale al Estado proletario; es decir, a una máquina de opresión de la burguesía bajo el proletariado...» «No podrá haber en ella ninguna libertad, igualdad, etc.»

Mas el dictador ruso, en contacto con la realidad, ha tenido que llegar, de concesión en concesión, a transigir con el capitalismo internacional, con la pequeña propiedad agrícola, con el comercio privado... ¿Quiere esto decir que Rusia volverá al antiguo régimen? Seguramente, no. Tras de cruentas vicisitudes, con inmenso dolor, sacrificando lo más excelso de la personalidad humana, y después de un período de hambre sin precedentes desde la Edad Media, Rusia consolidará, sin duda, al cabo del tiempo un régimen intermedio, una etapa de la evolución social, muy distante del viejo zarismo, muy distante también de su ensueño comunista. Una etapa de la evolución social, a la que quizás mucho antes llegará Inglaterra, por el camino opuesto, sin convulsiones, sin sangre, sin tiranías, sin que haga falta más revolución que un voto de los comicios y otro voto del Parlamento para conseguir que el socialismo ocupe el Poder y rija hoy la primera nación de Europa, metrópoli del más grande Imperio de la Tierra.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio € 2.50
Sinpatías y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie € 2.50

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: € 2.00.

NACIONALISMOS

Albiión en la India

CÓMO se resolverá la lucha legal en-
 tablada en la India entre el nacionalismo y los ingleses? Rabindranath Tagore, el gran poeta, ve con dolor que los irreducibles toman el puesto de los ecuanímes. ¿Se pondrá al lado de sus compatriotas partidarios del Swaraj y renegará del Occidente, de ese Occidente que le dió el premio Nóbel y que tradujo a sus lenguas los poemas salidos de su pluma?

Recordemos... Fué en 1919. El general Dyer acababa de ametrallar a una inerte multitud de indostánicos en Amritsar. Centenares de muertos y moribundos habían cubierto el suelo en las calles y plazas de la desde entonces célebre ciudad. Los que contribuyeron hace quince años, al desarrollo del *Savadhesi movement*, invocaban enfurecidos las lúgubres figuras de Nana Sahib y de la Raní. ¿Cómo? ¿Así pagaba Inglaterra la lealtad y el apoyo de la India durante su lucha mortal con Alemania? Y en los periódicos nacionalistas fueron hechas alusiones veladas al trágico pozo de Cawnpore. Sí; 300 millones de indostanes no debían tener miedo a unos centenares de miles de ingleses. Si la insurrección cipaya fué vencida, debióse a que no había sido verdaderamente nacional. La gran masa del país la aisló con su indiferencia...

Gandhi, sin embargo, no pensaba así. Discípulo de Tolstoi, abominaba de la violencia. «No resistamos al mal. Apartémonos de él», aconsejaba. Y así surgió la doctrina de la *no cooperación*, que ya había tenido su período de ensayo en el Africa del Sur.

¡La *no cooperación*!... Para que tuviera éxito era preciso que la India renegara de sus tradiciones. Las castas, barreras infranqueables, impedían toda solidaridad racial. ¡Cómo luchó Gandhi contra ellas!... Heroicamente se acercó a los *parias*, elevólos hasta él, y en sus discursos y proclamas fustigó a los que, por prejuicios más fuertes que su razón, se apartaban de los hermanos humildes.

«¡Un paria es también un hombre!», decía. Y luego, viendo cómo Inglaterra se aprovechaba del odio de los indostanes de religión musulmana por los de religión bramánica, combatió enérgicamente a los que procuraban fomentarlo. «La India es la madre de todos los indostanes», exclamaba. Y después de Amritsar, cuando el Congreso Nacional votó la famosa resolución en que se exigía el Home Rule el Swaraj, todas las clases sociales se pusieron a su lado.

La *no cooperación*! ¡Bastaba con ella para que Inglaterra fuera vencida! Nada de comprar mercancías inglesas, de obedecer las leyes inglesas, de acatar a los funcionarios ingleses, de vender a los residentes ingleses, de servir a los súbditos ingleses. ¡Que todo lo inglés fuera aborrecido, aislado, abandonado, acordonado, declarado infecto, e infame!

En marzo de 1922, el virrey de la India, para acabar con la *no cooperación*, hizo prender a Gandhi.

Pero el movimiento, de místicos caracteres, tomó con su ausencia formas políticas. Y en las elecciones de diciembre los nacionalistas y los autonomistas lograban la mayoría.

Gandhi ha vuelto. Sus amigos le rodean y le piden consejo. ¿Se dejará arrastrar él, tolstoyano convencido, a la violencia? ¿La prisión y el exilio habrán cambiado sus ideas?

Mas he aquí que Rabindranath Tagore pide a los indostanes y a su gran jefe que no sean ingratos con Inglaterra, su tutora.

Y se ha reanudado el diálogo entre el poeta y el agitador.

—Imposible eliminar de la India la civilización occidental—dice aquél.

—Hay que poner de acuerdo a los indostanes y a los ingleses. La India debe vivir su vida propia—contesta Gandhi—. La civilización occidental no ha suprimido el sufrimiento ni ha acabado con la miseria humana. No debemos, pues, admirarla. Tomemos de ella los progresos materiales, pero no la aceptemos en bloque.

—La India, entregada a sí misma, caerá en la anarquía—replica Tagore.

—Aún no puedo gozar de la libertad pura. El Swaraj no es la libertad pura, sino la autonomía—responde Gandhi—, y tienen que dárnosla de grado o por fuerza. No quiero expulsar a los ingleses, pero tampoco que sigan siendo los amos.

Una minoría acepta las prudentes reservas de Tagore. Mas la mayoría sigue a Gandhi y a sus tenientes. En la Asamblea Legislativa de Delhi, de 145 diputados, cerca de 90 son enemigos encarnizados de Inglaterra. De ellos, 67 quieren la independencia absoluta, no combinada. Estos días, esa Asamblea es teatro de debates fogosos. Si el Gobierno británico, que el virrey representa, es puesto en minoría, ¿qué hará Mac Donald para conciliar su fe política con sus deberes de primer ministro del Reino Unido?

FABIAN VIDAL

(La Voz, Madrid)

DEL MOMENTO

En la muerte de Lenin

LENIN tiene ya para todos el supremo derecho: el derecho a la Historia. Su sombra puede exigirnos que se la juzgue bajo especie de eternidad. No ha sido un hombre fugaz, sobre quien haya de caer el olvido. En vida tuvo irradiación y destello, y ha dejado un surco profundísimo sobre la tierra, una estela de luz tras de su paso.

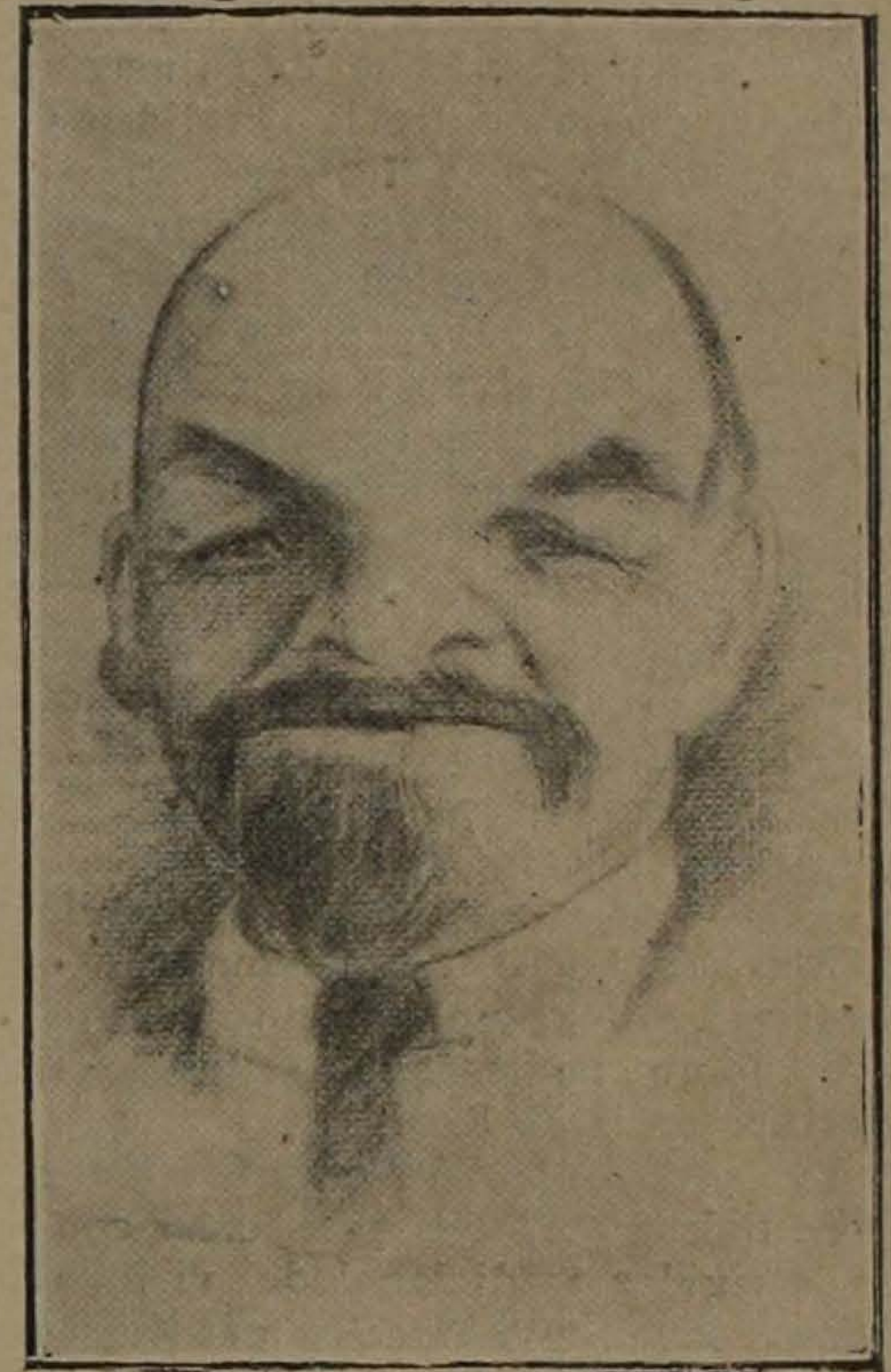
La primera dificultad con que se tropieza al emprender la pesada tarea de juzgarle es ésta: ¿cómo desprenderse de la pasión humana y lanzar la vista más allá del accidente efímero? Ese nombre ha suscitado tempestades adversas; pero también entusiasmos y abnegaciones casi idolátricos. Unas multitudes han absorbido su palabra como la de un inspirador predestinado. Y otras multitudes han pronunciado su nombre como el de una potencia demoníaca. Su cadáver ha sido expuesto al público a manera de simulacro venerando, carne ideal ungida por la muerte. Y, en cambio, otra pasionalidad humana invocó mil veces la muerte contra él, forjándose la ilusión de que el deseo podía obrar como una lejana fulminación sobre su cabeza...

Lo primero que debemos considerar en su figura es la acción de la raza sobre él: su esclavismo. Lenin no ha sido el primer artífice de un ensayo de sociedad nueva para todo el mundo; ha sido el transformador violento de un régimen violento, queriendo acomodarlo paradójicamente a una visión absoluta de perfección. No podemos separarlo de su Rusia. Ni sus enemigos pueden presentárnoslo como el fracaso experimental definitivo de las teorías redentoristas, ni sus fanáticos pueden convertirlo en héroe inicial o *demiurgo* de la futura Humanidad. Su fuerza histórica es inseparable de su sangre eslava. En su alma de proscrito se concentraron las víctimas de una tradición brutal. Su temperamento se aguzó como un arma en el destierro siberiano. Ocultando su apellido patricio, quiso legar a la posteridad el nombre de guerra con que se invistió, como un *Remember* de sus martirios: *Lenin*, en recuerdo del río glacial en cuyas riberas tiene el infierno dantesco una de sus mayores plasmaciones humanas.

¿Fue una causa? ¿Fue un efecto? ¿Hemos de atribuirle entera la responsabilidad de su obra o hemos de verle como el producto natural del despotismo bajo el cual se formó? La Revolución rusa como fuerza histórica, no

parece que pudiera haber sido el paso de un despotismo sangriento a un régimen de templanza, como el de los Estados occidentales. Diríase que existe una ley de compensaciones en la dinámica política; y que al sistema dictatorial de una casta corresponde otro sistema dictatorial opuesto, hasta que se restablezca el equilibrio. Un péndulo invisible dirige el ritmo de las sociedades. La Rusia zarista tenía una enorme culpa: había mantenido el embrutecimiento popular, buscando en él una garantía de persistencia, de supervivencia. Y cuando ninguna fuerza humana pudo impedir el asalto de las muchedumbres, ebrias de sentimentalidad no compensada por ningún fuerte valor reflexivo, aquel régimen fue víctima de la propia brutalidad bajo la cual había querido ampararse.

Lenin ha muerto. Dos Rusias quedan separadas por su nombre. Comparemos la una con la otra, para juzgarle. ¿Qué queréis, vosotros, enemigos aprioristas de ese hombre, los que acechabais sus errores para ofrecerlos al Mundo con delectación, porque temíais su éxito y deseabais ardentemente su fracaso? Nosotros también somos sus enemigos; pero sabemos sentir el soplo formidable de su fuerza. ¿Nos diréis acaso que la Rusia de Lenin valía la de los zares? ¿Nos diréis que fue mucho peor? ¡No! Lenin fue una Revolución, y no un sistema; fue un momento dinámico, y no un estatismo cortesano. Sepamos percibir el fondo épico de la Historia que sobre nosotros pasa. Si el porvenir tiene capacidad para formar mitos, ese hombre aparecerá como un titán, entre cuyos dedos se retuerce una materia sometida a nueva plasmación. Ahí tenéis su más alta excusa. La violencia de Lenin operaba en nombre de un ideal; no por la obstinada conservación de una prepotencia material y humana. Imaginemos a ese hombre en la soledad de su destierro, acariciando el ensueño de su Rusia, traspunto de su imaginaria Humanidad. La amargura de aquellas horas infundiría en su piedad irritada un paradójico amargor de misantropía... Súbitamente, la guerra inicia el período catastrófico, propicio a las grandes crisis febriles... La evolución lentísima de su pueblo se transforma en subversión estallante. Y Lenin siente la gran voz de su destino histórico. Un *finalismo* misterioso le impulsa. Todo su espíritu debió trepidar bajo la ineludible conciencia de una misión. Sintióse fatal, desbordado y rugiente



LENIN

Retrato caricaturesco

(Por PACO RODRÍGUEZ RUIZ).

como un cataclismo. Operarían sobre él las vagas ascendencias supersticiosas, el simplicismo visionario de la estepa, la propia rudeza tentadora del esfuerzo. Y quiso infundir en el barro carnal de sus hermanos el nuevo soplo, el espíritu de porvenir...

¿Cuál es el tipo de su naturaleza revolucionaria? No vemos en él la violencia romántica de Danton ni tampoco la acerada frialdad de Robespierre, que, sin duda, le fue muy inferior en todos sentidos. Su familia espiritual es otra. En cierto modo, su alma fue cronwelliana, porque pareció sentir como un móvil religioso el imperio de su fe. Su austeridad personal ha flotado sobre la nube de insidias en que le envolvió la lejana impotencia de sus adversarios. Y su más visible grandeza histórica se apoya en la energía con que defendió a su Rusia, erecta como inverosímil piedra de escándalo en medio de un mundo atónito contra los ejércitos que suscitaron contra él las potencias, al mando de adventicios mesnaderos. Ignoro si Trotski puede llamarse, como Lázaro Carnot en la Revolución francesa, el organizador de esas victorias. Pero no se puede desconocer que la figura de Lenin encarna el espíritu de esa resistencia heroica que dió a la Rusia convulsa y revolucionaria reflejos de Valmy y de Jemmapes.

* *

¿Qué quedará de la obra de Lenin? Para la futura experimentación social

de Occidente quedará, sobre todo, la lección que se desprende de su mayor lucha: el choque entre la ruralidad y la ciudadanía como factores adversos de la redención del proletariado. Campo y ciudad, agricultura e industria; he aquí los dos agentes de la obra gigantesca que el porvenir realizará, si consigue armonizar aquellas fuerzas, cuya respectiva evolución está en momentos históricos diversos, y por ello son anacrónicas entre sí.

Pero nuestro Occidente dará a su gran crisis social (evolutiva o revolucionaria) tipo histórico distinto de la Rusia de Lenin. Recordemos, con todo, que si Kerenski fué el hombre que ensayó en Rusia una aclimatación de política occidental, no podemos considerar a Lenin como un retorno absoluto a lo que podría llamarse tradición revolucionaria de Rusia.

Aparentemente dió el triunfo a Marx sobre Bakunin. Tuvo que pelear contra la rigidez tradicional del visionarismo eslavo, cuyas facetas más típicas son el nihilismo, el anarquismo y la renuncia tolstoyana. Lenin fué un hombre influido por el Occidente; pero al pasar por su alma eslava, ese Occidente se transfiguró, y difícilmente puede el reflejo de su antorcha alumbrar nuestro camino.

Pero Lenin deja una experiencia inversa, que yo creo deberá tener considerable trascendencia. Fué un término de oposición, una fuerza extrema al servicio de una fórmula. Le faltó calor humano. Quiso dar a la revolución rusa un valor estrictamente social, y olvidó el imprescindible valor político. Creyó que un ideal de justicia podía fundarse sobre la anulación de la libertad. Creyó que la libertad sólo era un medio, y no un fin en sí misma, el más alto fin de la comunidad.

Creo firmemente que el socialismo aprovechará esa fuerte experiencia para acentuar su significación como escuela política y conciencia progresiva de libertad. Comprenderá sobre todo, que tiene su mayor eficacia en ser una espiritualidad opuesta a una fuerza material, y que si procura no tomar jamás las apariencias del adversario, llegará un momento en que será invencible, porque habrá infundido en la Humanidad una nueva conciencia.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

En el próximo número

Páginas de Caso, Mercante, Gerchunoff, Zulueta, Araquistain, Arciniegas, Carazo y otros.

Grabados: Carducci, Joaquín V. González, Unamuno.

Paco Rodríguez,

caricaturista hoy, más adelante, pintor

Por un breve espacio de tiempo, equivalente a dos o tres horas, he convivido con este nervioso artista.

Pero su cultura, su pulcritud mental, sus ingeniosidades repentinas, me

diligente traza. Esto no exonera de de cierta «morbidez» a algunos de sus trabajos.

Desde luego comprendí, también, que dominar su nerviosidad actual, hasta llegar a asentarse en su estilo último, es lo que nuestro artista busca laboriosamente.

• •

De sus «cosillas», como él cariñosamente llama a sus dibujos, me agrada, de modo particular, el titulado «una sirvientilla». Representa el cuadro (este trabajo no es de humor sino un ensayo afortunado «al pastel» con un fondo de ingenua acuarela, y en el que hay que apreciar al dibujante y colorista) representa digo, «una sirvientilla» de las nuestras, en su tipo selecto, jugosa niña que ha de devorar el monstruo lujurioso de la ciudad, y que de fresca y dotada de ardiente lozanía ha de tornar, a sus natales campiñas, marchita y lacerada por una triste maternidad. Y nuestro amigo Rodríguez, con acierto e inocente pulcritud, ha tomado por modelo una dulce locuela—linda hembra en botón—, toda ella carne y sonrisa, toda ella deseo y curiosidad sexual. Es un tipo de «ladina», pero de una gracia, y voluptuosa carnalidad, que apenas puede sospecharse en una muchachilla núbil, prematuramente caldeada por la recóndita fragancia de su sangre.

El dibujo es sencillo, natural, sin mucho resobo y pulimento. Pero en aquella grácil cabeza de niña hay algo superlativamente expresivo: la sonrisa ancha y cálida que separa los carnosos labios, descubriendo una hilera de dientes esbeltos y regulares. Es una móvil sonrisa de nácares y púrpuras.

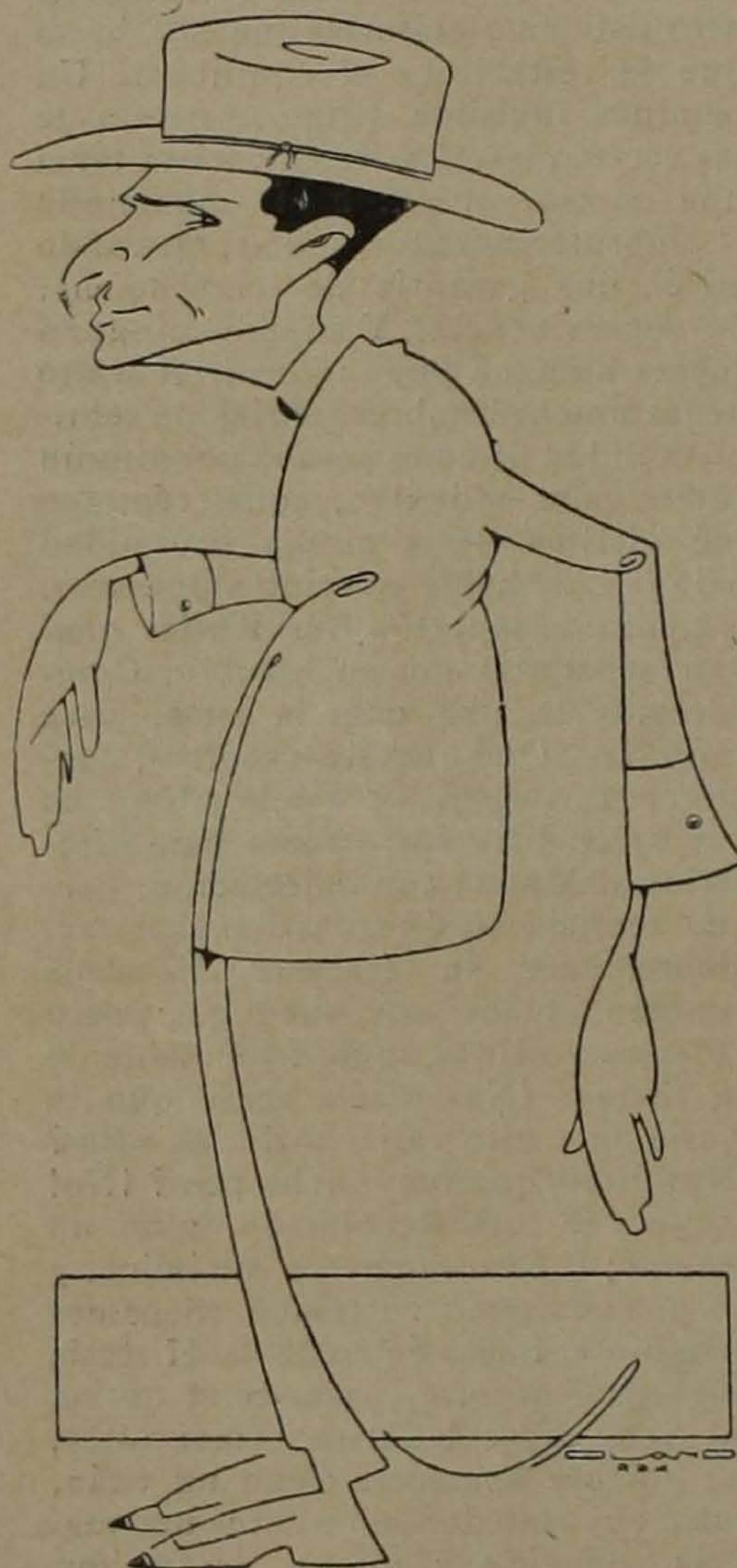
Luego, complementariamente, la mirada maliciosa y oblicua, en la que cabrillea una luz de juventud, de ardorosa y virginal ansiedad, que humedece con aromoso baho, los ojos grandes e ingenuamente sensuales.

La trenza lacia, brillante y morbidamente floja, completa la graciosa obra de nuestro fervoroso e inquieto artista.

• •

En su caricatura lo comprendo lento en determinar el tipo, en extraer los rasgos humorísticos.

Sus estilizaciones, sin pecar de inseguras o falsas, se adivinan lo bastante laboriosas para ser espontáneas. El lápiz ha pasado y repasado (en esbozos anteriores, en el mismo papel en



PACO RODRÍGUEZ RUIZ

(Visto por Noé Solano).

sedujeron desde su primer visita, en la que me mostró sus caricaturas.

Luego, su charla arrevesada, pero llena de luz y de agilidad, de interrupciones graciosas y ciseos clamorosos, me mostraron al artista, al hombre de despierta sensibilidad estética, educada y depurada por amoroso estudio (empírico, es cierto; pero qué entusiásticamente vigilado!)

Referente a su estilo, a su dibujo, a su caricatura, observé, desde el primer instante, su característica principal: su «nerviosismo». Encuentro, por otra parte, un dejo de intrepidez, de audacia, que agradan, en todos y cada uno de sus rasgos que su mano

que se nos presenta) buscando desentrañar el trazo justo y sobrio, casi siempre fugaz y escurridizo, que ha captado, en sus inquisitivas redes, la observación ocular.

Se comprende, desde luego, que esta pretensa «inseguridad» es más bien originada por un excesivo celo «realista», que se muestra inconforme con adulteraciones nimias que a otros ojos, menos acuciosos, pasarían sin ser percibidas, que por una vituperable incapacidad técnica, de elemental dibujo.

* *

Rodríguez tiene por maestro predilecto al gran caricaturista García Cabral, de México.

Ama en el dibujante mexicano la seguridad, la fuerza, la jugosidad del dibujo de medio tono. En el lineal, le asombra o le incita a emulación lo desenvuelto, lo humorísticamente exacto de los trazos. En las «tricomías», (pués no lo conoce sino a través de reproducciones de revistas extranjeras), elogia la elegancia firme, unida al pulcro sentido del color, la sabia combinación de los tonos adunada a la íntima correspondencia de las sombras, de los reflejos, de los cambiantes matices que juegan sobre el dibujo garrido, fuerte por lo seguro y por lo claro.

A Sirio, el caricaturista cubano de las revistas madrileñas, le admira por el certero humor de sus estilizaciones tan personales, tan audaces, tan pulcramente deformantes.

Su «maestro» de caricatura, en verdad, no podría fijarse. Tanto como los anteriores, Sem, Fresno, Blix, en Europa, Alonso, Massaguer, y Málaga Grenet, en América le han enseñado algo. Respecto a Bagaría, su opinión es desfavorable. No gusta de esa caricatura «estilizante» (muy culta para decirlo entre nosotros) en demasía alambicada; es decir, en dibujo más quiere el «realismo», en su luminosidad humorística, a esas oscuras y trenzadas líneas de un «intelectualismo» gráfico.

* *

No terminaría gustoso estas notas, sino me refiriera, aunque someramente, a las muy claras y marcadas condiciones de pintor que hay en nuestro amigo Rodríguez. Su cultura «visual», su conocimiento de cuadros célebres clásicos y modernos, su familiaridad en la estimación de los más diversos estilos de numerosos maestros picturales, siempre a través de revistas extranjeras, le han proporcionado alas a su secreto deseo de «dedicarse a la pintura», como él mismo expresa.

Quiera su voluntad de artista sincero, perseverar en su vocación pris-

tina, para que gocemos de sus obras airoas y nerviosamente elegantes y espirituales.

ANTONIO ZELAYA.

S. J. de Costa Rica.

José Martí...

(Viene de la página 88).

zación de los cabecillas. Un altar de la República: la Virgen de gorro frigio y el tercer mago redimido de sus cadenas. Os aseguro que no sería ridículo. Lo que hoy parece envejecido y oxidado, ese frenesí de libertad de los abuelos, esa sublime inmolación de prebendas para que el negro y el indio pudieran comer en la mesa de todos, lo comprendemos mejor, merced a Martí, que ha rejuvenecido los tropos republicanos. Los ha rejuvenecido, por su genio, el mejor poeta de la oratoria castellana.

Su anhelante frase embriaga como el alcohol mezclado con pólvora que beben los soldados en la batalla. Se descoyunta por las exigencias del raptó lírico, se colora con humaredas de poniente y, en su delirio verbal, continúa el jadeo del galope. Nadie meditó así peleando; nadie luchó así con el fusil apuntando a la tierra pero los ojos al infinito. El panorama lírico de Martí resume las nubes del cielo y los enemigos del horizonte. A sus pies está la Isla de miel con sus carrizos dorados y la piña y la palma y el arcoiris de los guacamayos. Parece que no pudiera pedírsele sino pindárico desorden cuando de pronto, en la orilla, sofrena a su caballo y, con el sombrero de libertador, saluda al mar. Así le ve la imaginación en el futuro zócalo de bronce, ya serenado por los siglos, con toda su prole americana abajo. Está la mano en alto ofreciendo el tirso a los dioscuros; pero la espuma del potro se junta con la espuma salada. Todo fué, para el arábigo jinete, una fantasía de pólvora. Tu sabes, Caballero latino, sofrenar el delirio cuando quieres, para escuchar en el ritmo gemelo de tus venas y el mar, tu alma sólo comparable al abismo.

V. GARCÍA CALDERÓN

(Cuba Contemporánea, Habana).

La política que marcan los pueblos

El Mundo al Día publicó ayer el siguiente editorial, sobre el cual queremos llamar la atención:

«Los Estados Unidos, por boca del Secretario Hughes, han proclamado con franqueza que están resueltos a

impedir que los pueblos de América del Sur acudan al arbitrio de la fuerza en sus controversias políticas.

«Estas declaraciones las ha hecho el Secretario Hughes en un discurso que pronunció para justificar el apoyo de los Estados Unidos al Gobierno del General Obregón.

«El argumento capital del discurso de Mr. Hughes se encuentra en estas palabras, reproducidas con grandes títulos en los principales rotativos del mundo:

«La negativa a prestar ayuda al gobierno establecido hubiera puesto nuestra influencia moral al lado de los que estaban alterando la paz y el orden en México, y hubiéramos incurrido en una grave responsabilidad por los desórdenes subsiguientes.»

«Es conveniente no olvidar que el Gobierno de los Estados Unidos considera como un deber ineludible el prestar apoyo a los gobiernos de Sud América donde estallen revoluciones políticas. Además hay que pensar en que esta ayuda no deja de tener sus consecuencias y su precio.

«Las declaraciones del Secretario Hughes sobre la política internacional, en lo que a este Hemisferio se refieren, son un precioso breviario de prudencia que nos convendría consultar de cuando en cuando. Las palabras de Hughes debían ser nuestro LIBRO DE HORAS.»

Los hechos de que da cuenta el editorial anterior, porque se trata de hechos y no de conjeturas, no pueden ser más sugestivos ni tener mayor trascendencia. No se trata de meras palabras, sino de una política que acaba de tener realización cumplida en México, donde el Gobierno, con el apoyo efectivo, moral y material, de los Estados Unidos, debeló en tres meses una revolución poderosa que pareció en sus primeros ocho días casi invencible, y que principió adueñándose del primer puerto de la Nación, de toda la marina de guerra y de dos de los Estados más importantes, y contando con gran parte del ejército. Todo eso fracasó ante la actitud del Gobierno de Washington, que suministrando rápidamente elementos y dinero, armas y municiones, dió a las tropas del General Obregón una aplastante superioridad y decidió la lucha.

Y con sobra de tino apunta el colega una de las consecuencias de esa ayuda: que no es gratuita y tendrá, en una u otra forma, su precio. Principia en forma de solapada intervención, que no otra cosa es el apoyo a una de las fracciones contendoras, y como se inclina siempre, por sistema, en favor del Gobierno, a ese Gobierno acudirá en demanda de compensaciones por

los servicios prestados, compensaciones que no tienen jamás un límite definitivo.

Así, al través de las guerras civiles, va perdiéndose la soberanía, absurdamente, si quienes las provocan son aquellos que han de ser revolucionarios y como tales, víctimas de un poder inescrupuloso. Y esto sin tener en cuenta otros factores, más decisivos tal vez; sin pensar en que en nuestros trópicos la gran necesidad es la de una sólida cultura y un desarrollo de riqueza que venzan a los peores enemigos de estos pueblos, la barbarie y la miseria, a cuya sombra prosperan todas las ideas regresivas y todos los fanatismos.

Verdaderamente, entre nosotros no se explicarían ya más revueltas que las que el Gobierno hiciera estallar, para recibir el deseado apoyo y solucionar crisis internas que dentro de la paz, podrían ponerlo en peligro. Y no se podría encontrar un crimen contra la patria más grande que esa clase de revueltas, en las que por alcanzar fines pequeños se sacrificara no sólo la vida sino la dignidad misma de la Nación. Por desgracia, tal criterio no es imposible, porque a veces los fue-

ros partidistas arrollan el sentimiento de responsabilidad de los gobernantes, y para evitarlo, debe estar siempre lista la opinión consciente del país.

Es preciso abrir los ojos a las realidades; estudiar el mundo en que vivimos, tan distinto y en muchos sentidos tan opuesto al de hace veinticinco años. Lo que al expirar el siglo pasado era una posibilidad heroica, es hoy una locura insensata, y la vida y las circunstancias imponen francos cambios de métodos y de rumbos, en las luchas políticas que tiendan a alcanzar un ideal constructivo y no meramente a agitar un país en pugnas estériles. El liberalismo, por fortuna, lo ha entendido así, lo ha sentido con ese claro instinto de los pueblos que no se equivocan, y está resuelto a no aceptar provocaciones equívocas, a no ir al terreno en donde, en las circunstancias existentes, sólo triunfan la iniquidad y los que tienen amplios medios de apelar a ella. Otras son las armas del liberalismo, y a ellas debe apelar con firme y sostenida energía, con el concurso decidido e incansable de todos sus miembros, unidos en torno de las ideas y dentro de un ambiente sincero

de cordialidad y de mutuo respeto.

Y en esto están de acuerdo los liberales de todos los matices: *El Diario Nacional*, en su edición de hace tres días, no pudo ser más explícito y neto; comentando la algarada conservadora y los desplantes bravucones de ciertos espíritus agresivos, que no conciben el reclamo enérgico dentro del derecho y tan firme como civilizado, y quieren responder a él con la evocación de horas de siniestra matanza, dijo *El Diario*:

«Ellos son los que quieren la guerra, porque la guerra es propicia a la emisión de monedas de papel, a la expropiación y al exterminio.

»Y a ellos nada les importa la Patria, si la secta se enriquece, y sus asesinos matan a los liberales y aniquilan a la colectividad proscrita y anatematizada.

«¿Quieren la guerra? Nosotros les declaramos la paz. Pero con la actividad defensiva de todos nuestros derechos y la resistencia viril a todos los atropellos. Es la última palabra, que hace inútil la provocación».

(*El Tiempo*, Bogotá).

Página lírica

de Emilia Bernal

MIRAME NUEVA YORK

¡Mírame, Nueva York, cuando esté lejos...
con tu pupila única
de Madison Square...

Mírame, ahora que me alejo,
y hazme un signo de inteligencia
con el índice esbelto
del Woolworth, que se yergue
todo frágil y altivo
a los que van dejando tu puerto...

Mírame, Nueva York, como te miro,
Babilonia de hierro,
miriadas de torres
confusas y negras
que se va tragando el humo
de todos los barcos de tu puerto...

¡Mírame, así, como una torre
que se tragan las tinieblas!

Mírame, Nueva York, como se mira
una caña de junco
que trajo el vendabal a tu puerto,
y que se va cantando la alabanza
de tu cordialidad y tu firmeza...

Mírame, Nueva York, en mi noche perpetua,
desde la cumbre de los espacios, fija,
con tu pupila oscilante
de Madison Square...!

Nueva York, 6 de enero de 1923.

BUENOS DIAS, PARIS

¡Buenos días, París! ¡Bijou! ¡Mignon!
¡Bibelot de marfil
que tallaron los gnomos azulez! ¡Pompa de jabón!
¡Florecita de añil!
¿A qué cantarte con tambores
mayores
y clarines
sin fines,
cuando eres, en la armonía sin fin
de mi corazón,
como el són
de una sola cuerda de violín?

¡Buenos días, París! ¡Rosa náutica! ¡Gaurisankar!
¡Kuro-Sivo!
¡Pleamar!
¡Víctor Hugo! ¡Verlaine, de las patas de chivo!
En la caña partida
de mi vida
yo te he de cantar.

¡Vamos ya, que la caña está lista!
Sobre mi canción
recuesta el corazón
y rompamos a andar por la pista,
para que nos mire, y se muerda la lengua de gusto, siquiera una hora,
el diablo pensativo de Nuestra Señora,
que es tan artista!

París, 12 de enero de 1923.

ADIOS A ESPAÑA

Para dejarte, llevo entre los labios
la más dulce canción que halló mi rima;
para dejarte, llevo entre mis sueños
el blando palpitante de tu caricia;
para dejarte, siento que me aprietan
los invisibles brazos de tu vida;
para dejarte, siento que están secos
los mares que me apartan de tu orilla...

Para volver, iré de puerta en puerta
implorando a las gentes por tu vía;

para volver, retoñará mi vara,
y entre mi mano se hará pan, la espiga,
y el verde abril florecerá a mi encuentro
vereda de olorosas margaritas
mientras que canta el ruiseñor del alma
la más dulce de todas sus cantigas...

Madrid, 13 de febrero de 1924.

EL MADRIGAL DE LISBOA

Flor y serpiente.
Fragancia. Albor.
Amor.
Curva del Tajo: la serpiente.
Y sobre el boa de la corriente,
el lis: la flor.

Lisboa, 21 de febrero de 1924.

(Envío de la Autora).

En favor de los débiles

Yo voy rimando mis angustias, yo voy cantando mis dolores,
nada se saca de gemir;
saber ahondar en lo riente, saber cantar lo doloroso,
es ser artista y es vivir.
De todo triste soy amigo, de todo débil soy ayuda,
todo caído llegue a mí,
que yo he de darle algún consuelo y ante las penas más hirientes,
yo he de impulsarle a sonreír.
No cesa el riesgo con temerle, no pasa el mal con lamentarle,
sino elevándose gentil
y resistiendo sus ataques con entereza y valentía,
hasta vencer o sucumbir.
Yo he padecido como pocos; tengo abrasadas las entrañas
a puros golpes de sufrir;
y sin embargo guardo en ellas unos rosales de ternura,
que siempre logran producir.
Naturaleza quiso darme un vitalismo de alquimista,
que me permite convertir
cualquier espina que me clavan en unas flores de indulgencia,
disculpadoras del desliz
y del delito más horrendo; todos ansiamos ser mejores,
nadie desea delinquir;
los que delinquen son vencidos por la miseria, la incultura
y por un medio muy hostil.
Ser delincuente significa ser ignorante, pobre, enfermo,
sencillo, cándido, infeliz.
En muchos casos los más buenos se ven forzados al delito,
sin que lo puedan impedir,
porque la lógica inflexible del gran desorden que orden llaman
los aprisiona en su redil.
Yo soy un fuerte, pero tengo hondas piedades para el débil,
que bien quisiera ser viril;
sin duda el débil no es culpable de haber nacido sin vigores:
nada sucede porque sí.
Sólo los fuertes verdaderos son comprensivos y clementes
con el vencido en cualquier lid.
Hay más grandor y más potencia en el perdón y en la disculpa
que en despreciar y perseguir.
Mi fortaleza es evidente porque no humilla ni desprecia,
y sólo quiere refundir

a los endebles en forzudos, todo lo tosco en bello y fino,
tras incesante resurgir.
Yo no apostrofo a los que penan, sino que gozo en defenderlos;
cada cual nace para un fin,
y yo he nacido para darme en versos, prosas, voces y actos,
como la esencia de un jardín
que a todo el mundo reconforta con inyecciones de esperanza,
con un elixir juvenil.
Mis enemigos más feroces quedan trocados en amigos,
en cuanto lleguen a sufrir,
en cuanto incidan en desgracia, en cuanto sean acosados
y ya no puedan resistir.
Los falsos fuertes que acorralan a sus hermanos en flaqueza,
fingiendo empuje varonil,
son mis mayores enemigos, contra los cuales no me canso
de protestar y combatir.
Son rojo y rosa los colores que yo prefiero sobre todos,
y no tan sólo para mí;
yo quiero el rojo para darle coloraciones redentoras,
un tono enérgico y motriz,
a las arterias de los flojos que sus penurias y tormentos
nunca lograron destruir.
Yo quiero el rosa porque lleva una corriente de alegría,
por ser un plácido matiz
que va regando ensoñaciones, dulzuras, risas, entusiasmos,
tonificantes del vivir.

Yo voy rimando mis angustias, yo voy cantando mis dolores,
nada se saca de gemir;
saber ahondar en lo riente, saber cantar lo doloroso,
es ser artista y es vivir.
¡Arriba, seres doloridos; haced esfuerzos pertinaces;
vuestras flojeras exprimid,
sacad su zumo y condensadlo en un manojo de arrogancias;
haceros fuertes en la lid!
Yo voy rimando mis angustias, y voy cantando mis dolores,
haced lo mismo sin gemir.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Panamá.

Doctor Constantino HerdociaDe la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

REPERTORIO AMERICANOSEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

"Pegaso"

Montevideo-Uruguay

Es la única revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309
Montevideo**Revista de Filosofía**

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por

**José Ingenieros
y Aníbal Ponce**

Suscripción anual: 5 dólares

Adr.: Alberto L. Rosso

Belgrano 475

Buenos Aires, República Argentina

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO Nº 899

Quien
habla de la**CERVECERIA TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA**CERVEZAS**

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

BOTICA ESPAÑOLAPreparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCODelicioso perfume
Antiséptico
Uselo ustedPIDALO
en todas las BOTICAS